

# situación

Revista Mensual

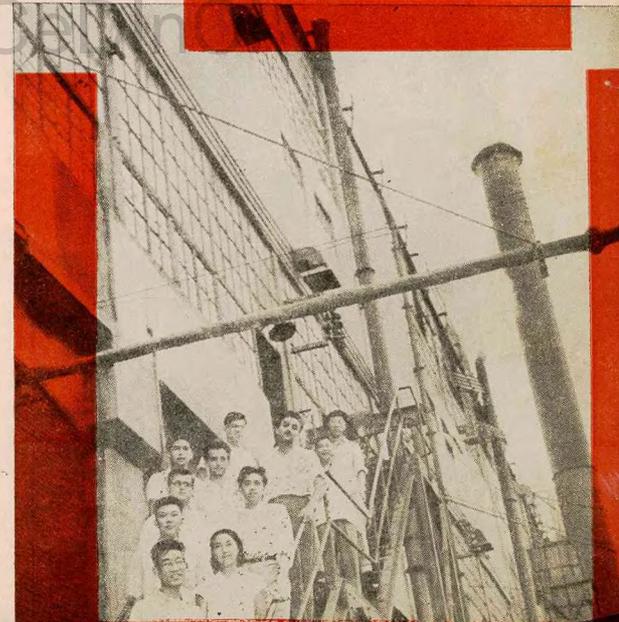
BUENOS AIRES

Número

6-7

*Aunque fueran perlas las que cayeran del cielo  
los que tienen frío no podrían hacerse un traje  
Aunque fuese jade lo que cayera del cielo  
los que tienen hambre no podrían hacerse una comida*

SU TONG PO (SU CHIE) (1038 - 1101)



# A nuestros lectores

En los talleres gráficos "Stilcograf", el 25 de octubre último, cuando ya estaba listo el suplemento que aparece en esta entrega y en momentos en que debía entrar en prensa el N° 6 de "SITUACION", se hizo presente la Policía Federal, clausuró la imprenta y detuvo a uno de sus propietarios.

De inmediato iniciamos gestiones para que se nos entregaran los elementos de nuestra propiedad que quedaron en el local clausurado. No fueron ajenos a estas gestiones periodistas amigos, entidades profesionales afines y el propio Partido Socialista Argentino, que por intermedio de su Comité Nacional interpuso reclamo ante el Ministerio del Interior, trámites que ya dio a conocer oportunamente parte de la prensa escrita y oral del país y del extranjero.

Recién el 13 de diciembre, después de 48 días, nos fue entregado lo que reclamábamos, siguiendo clausurada la imprenta. Gran parte de los trabajos, en especial los que se referían al Congreso Nacional que realizó el Partido Socialista Argentino los días 9, 10 y 11 de diciembre de 1960, habían perdido actualidad. Esto obligó a armar prácticamente de nuevo la revista, utilizando colaboraciones que teníamos destinadas al N° 7. A ello se debe que este ejemplar de "SITUACION" aparezca numerado 6-7.

No sólo perdimos enorme cantidad de tiempo en gestiones. También perdimos mucho dinero, ya que el material inutilizado hay que pagarlo. La policía sabe muy bien cuáles son los perjuicios que ocasiona cuando realiza procedimientos como el que referimos. Por eso los efectúa.

Salvado un inconveniente más —que no será el último por cierto— estamos de nuevo en contacto con nuestros lectores. La oportunidad es propicia para hacer llegar nuestro agradecimiento a todos los que hicieron posible la recuperación de nuestros elementos; testimoniar nuestra solaridad a todos los que trabajan en los talleres gráficos "Stilcograf"; solicitar a nuestros amigos el más amplio y urgente apoyo a fin de que podamos proseguir nuestra labor y a la vez anunciar que ya está en prensa el N° 8.

# situación

REVISTA MENSUAL  
Registro de la Propiedad Intelectual N° 645-875

Consejo de Dirección:

LUIS A. BERGONZELLI,  
BUENAVENTURA BUENO,  
ABEL ALEXIS LATENDORF,  
AMERICO PARRONDO.

Secretaria:

MARTHA ACCINELLI

Administrador:

CARLOS A. VILARDEBO

Diagramación:

ALBINO FERNANDEZ

Expedición:

CARLOS ALBERTO MAYO  
T. E. 48 - 3968

REPRESENTANTES EN EL  
EXTERIOR

CHILE:

Jorge Barria S.  
Casilla 2434.  
Santiago de Chile.

URUGUAY:

Ettore Pierri  
Yaré 918 - Apart. 8.  
Montevideo.

Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los trabajos publicados, sin expresa autorización escrita. Los artículos firmados reflejan las opiniones de sus autores.

Este número se imprimió en los Talleres Gráficos EL MANANTIAL, Río de Janeiro 660, Buenos Aires, en diciembre de 1960.

Distribuye en la Capital Federal:  
EUGENIO PORRO T. E. 38-9451

SUSCRIPCIÓN  
A OCHO (\$) NUMEROS

Común ..... m\$N 100.—  
De amigo ..... m\$N 250.—

Cheques y giros a orden de  
SITUACION - Casilla de Correo  
N° 3115 - Buenos Aires

LOS SUSCRIPTORES QUE TENGAN DIFICULTADES EN LA RECEPCIÓN DE SITUACION DEBEN COMUNICARLO A LA ADMINISTRACIÓN A FIN DE QUE PUEDAN REGULARIZARSE LOS ENVÍOS.

Correos  
Aerodinámicos  
Central B

Franqueo Pagado  
Concesión N° 575

Tarifa Reducida  
Concesión N° 6392

# situación

N° 6-7 — Casilla de correo 3115 — Buenos Aires — Rep. Argentina

*El Partido Político de la clase obrera no puede ser un partido político más. Debe ser una organización de la clase obrera para los fines de emancipación social que la Historia contemporánea reclama. Cuando no se está a la altura de tales objetivos, aunque se declame la condición clasista, no hay un partido proletario sino simple oportunismo político.*

*Por eso el reencuentro de la clase obrera argentina con el Partido Socialista se ha afirmado en su reciente congreso celebrado en esta Ciudad. En la declaración política que damos a conocer en este número, los socialistas argentinos han rechazado el oportunismo de "quedar bien" frente a los movimientos políticos proscritos clamando por la abolición de las proscripciones, para aprovechar de ellas en los momentos electorales con la suma de los votos "no blanquistas" y ha enderezado su programación y su "legalidad" para que toda la clase obrera tenga los medios de expresarse y de ser representada en la vida argentina.*

*No se trata solamente de una conducta política distinta a la de los partidos "burgueses". Es la esencia misma del partido, su raíz proletaria, la que le señala el camino. Allí la UCRP combate las proscripciones de los "labios para afuera" pero en lo íntimo del problema social está adherida a los proscritores. El Partido Socialista, reafirmando en esta hora argentina las postulaciones de su Declaración de Principios, se pone a la cabeza del movimiento social y político utilizando su "legalidad" para favorecer la acción de las masas.*

*Ya no es la mera crítica a los sucesos contingentes del país ni el espacio sin atmósfera de las fórmulas revolucionarias vacías de contenido de realidad. Ahora el socialismo se afirma en el ser argentino; postula con su clase y vive sus penurias y sus desvelos. Se hace proletario porque encarna en la realidad social y rompe la estructura política creada por la burguesía, dando a los trabajadores el instrumento legal del Partido. Vive en la lucha de clases y se vigoriza en ella para el asalto final.*

*Constructor en el frente obrero y revolucionario ante el quedatismo social, el partido se lanza a la experiencia combativa para reafirmar sus postulados.*

*El Socialismo se ha reencontrado en cuerpo y alma. Ahora todo es andar.*

# FRENTE OBRERO

## DECLARACION POLITICA DEL 45º CONGRESO SOCIALISTA

El Partido Socialista Argentino, reunido en su 45º Congreso Nacional Ordinario, reafirma que la única solución posible para el drama que vive la República habrá de darla la unidad y la acción política de la clase trabajadora, afirmada en un claro sentido clasista y una firme posición anti-imperialista.

Ratifica tal convicción el análisis de la realidad nacional.

### I. — CLAUDICACION DE LA BURGUESIA

La conducta reaccionaria y antipopular del radicalismo en el poder no tiene por explicación suficiente el agotamiento de un partido tradicional ni es la resultante de la suma matemática de las traiciones de sus dirigentes, desde el presidente constitucional para abajo. El radicalismo representa fundamentalmente intereses de clase, con los que ha sido consecuente desde el gobierno.

Durante la campaña electoral, el candidato radical intransigente y sus equipos publicitarios afirmaron la posibilidad de gobernar para todos: obreros y patronos, campesinos y latifundistas, empleados y empresarios.

Trataron de esconder la lucha de clases que es una realidad histórica bajo declaraciones grandilocuentes de enfrentamiento de la Argentina —país deficientemente desarrollado— con el viejo imperialismo británico, cuidándose de no mencionar el avance avasallador del pujante imperialismo norteamericano, beneficiario necesario de la política enunciada.

El plan económico libreempresista y la consecuente represión popular para posibilitar su ejecución, han demostrado la falacia de los argumentos y de las promesas preelectorales. Desde las páginas de su órgano oficial y desde

los diversos documentos del Comité Nacional, el Partido Socialista Argentino ha señalado reiteradamente que en el mundo capitalista los partidos políticos representan esencialmente clases sociales antagonicas de suyo, a cuyos intereses habrá de subordinarse finalmente siempre la acción política concreta.

El radicalismo ha servido a la burguesía nacional y a la oligarquía terrateniente argentina en su acción metódica y despiadada contra el proletariado urbano y rural. Ha comprimido deliberadamente los consumos so pretexto de capitalizar al país, sacrificando el bienestar popular a las ganancias empresarias. Ha capitalizado a los capitalistas, pero no ha capitalizado al país.

Cabe también al radicalismo la responsabilidad histórica de haber abierto de par en par las puertas del país a la penetración imperialista yanqui. Y está todo previsto en los planes del imperialismo. La necesidad de radicar capitales, ante la pérdida progresiva del mercado de Oriente, y la aparición de Cuba en Latinoamérica, conmoviendo todas las estructuras políticas, económicas y sociales del Continente, lo ponen ante la disyuntiva de tener que emplear la ley del garrote en todo el resto del hemisferio latinoamericano. La radicación de capitales imperialistas en el país necesita, como condición previa, desocupación para crear mano de obra barata y distorsionamiento de la acción gremial de los trabajadores. La incapacidad de la burguesía para desarrollar industrialmente a la nación, los planes de hambre y miseria y la mencionada represión masiva lanzada contra los sectores de trabajo, son datos elocuentes para afirmar que la burguesía es incapaz de gobernar a la Argentina con medios democráticos y para permitirnos a los socialistas proclamar nuevamente nuestro convencimiento de que solamente la clase obrera, políticamente representada en el poder por el Socialismo, podrá dar adecuada solución a los pro-

**Constituido por Obreros, Campesinos, Intelectuales,  
Asalariados, Estudiantes, Fuerzas Populares  
Antiimperialistas y Partidos de Trabajadores  
Proscritos, Propone el SOCIALISMO ARGENTINO.**

blemas estructurales del país. El resto de los Partidos tradicionales, pese a sus disputas superficiales con el radicalismo intransigente, no pueden ocultar empero sus coincidencias con los fundamentos de la acción gubernamental. El actual equipo ha entregado el país a manos del imperialismo yanqui, pero esto no lo señala ninguna de las agrupaciones tradicionales. Esas mismas agrupaciones llegaron y confían llegar nuevamente al poder, enarcadas en movimientos militares, para utilizarlos en beneficio de sus intereses de clase y en perjuicio de las aspiraciones, necesidades y esperanzas del pueblo trabajador.

### II. — POLITICA ECONOMICA Y POLITICA INTERNACIONAL DEPENDIENTE

La privatización de empresas públicas, los acuerdos con el monopolio eléctrico, la ley de energía, los contratos petroleros tramitados por delincuentes internacionales a espaldas del Parlamento y de la opinión pública, las amenazas a la siderurgia y al transporte, son actitudes dictadas por el F.M.I. y servilmente acatadas por la burguesía nacional.

La actual política económica tiende a transferir a la economía privada sectores cada vez más amplios de la economía pública. Estas líneas, cuyas consecuencias ya han verificado otros países que siguieron dichas imposiciones, ha originado una distribución regresiva de la renta nacional en exclusivo beneficio de los empresarios.

Consecuentemente con la sujeción a la política económica norteamericana, la burguesía nacional se adecua dócilmente a las necesidades militares y políticas de la línea militar yanqui.

### III. — IGLESIA Y EJERCITO ALIADOS

Aquellos militares —Mosconi, Savio, Sarobe, Baldrich— que hundieron sus botas en el ba-

rrero creador del quehacer nacional y no en las alfombras mullidas de las Cancillerías, han sido reemplazados por los teóricos del cuarto poder, quienes han transformado a la institución en el brazo armado de la reacción vendida y entregada al imperialismo.

Por su parte, la Iglesia apoya decididamente a este gobierno que le ha otorgado mensurables beneficios temporales. La penetración clerical abarca todos los campos de la vida nacional, pero fiel a su táctica de "domar al hombre desde la raíz", se ha particularizado en la enseñanza.

### IV. — EL SOCIALISMO OFRECE SU LEGALIDAD AL PROLETARIADO

El P. S. A. tiene conciencia de ser hoy la única expresión legal de la clase trabajadora. Usará en consecuencia de esa legalidad no como un privilegio ni con un sentido restrictivo, sino al servicio del proletariado. Y reclama también para los trabajadores la conducción del proceso revolucionario argentino. La realidad del país nos pone en la siguiente disyuntiva: o se está —consciente o inconscientemente— al lado de la derecha y el imperialismo; o se está junto a las masas hambreadas y perseguidas por la dictadura imperialista, que es estar con todas las masas explotadas de Latinoamérica.

Propone en consecuencia la formación de un FRENTE DE TRABAJADORES, de neto sentido clasista y anti-imperialista, bajo la dirección del socialismo argentino, y constituido por obreros, campesinos, intelectuales asalariados, estudiantes, fuerzas populares anti-imperialistas y partidos de trabajadores proscritos. Este FRENTE será el primer paso para la liberación económica, política y social del país bajo la hegemonía y conducción de la clase trabajadora argentina.

Bs. As., 11 de diciembre de 1960.

# Hacia una política de izquierda integrada en las masas

## Superar al peronismo, no destruirlo

por Enrique Hidalgo

CeDInCI

El 23 de febrero de 1958 la ciudadanía argentina consagra un nuevo presidente en la persona de Arturo Frondizi.

Hubo alegría en muchos y desaliento en algunos. Parecía que una nueva política para el país se desarrollaría. De ella la mayoría esperaba el progreso, el triunfo de lo "nacional y popular" según el slogan tantas veces repetido.

Todo cambió al poco tiempo y quienes nos mostrábamos escépticos respecto de la solución política aceptada por el país, sin por ello creer en la otra (la de Balbín), hemos visto crecer en las aspiraciones populares una vocación que —aunque confusa— justifica nuestro optimismo para el venidero.

El 23 de febrero de 1958 significa el triunfo del "integracionismo" con todas sus consecuencias. La conducta posterior impide que ya, por nunca jamás, tal política pueda repetirse en nuestro país.

Por ello es fructífero el engaño producido. Cuando una situa-

ción política no llega a concretarse, puede quedar como solución apta, y si ella es como el "integracionismo" una falsa opción, su existencia en la esfera de las aspiraciones puede detener la real toma de conciencia de un pueblo.

Hoy los argentinos, sea cual fuere el grado de confusión política en que viven, son ya conscientes de una necesidad: no hay posibilidad popular sin el pueblo como sujeto activo de su quehacer.

Analizar la política posible es la intención de esta nota, y esperamos hacer por lo menos más visibles los elementos a conjugar en una acción conciente.

La confusión política y su consecuencia, el escepticismo y el descreimiento popular, es nada más que el resultado de que en el escenario y bajo las "luces" sólo actúan los "políticos" de una clase ya caduca en sus aspiraciones y extraña al sentir y al querer del pueblo.

La burguesía y oligarquía argentinas, como el Jano bifronte,

actúa en dos planos políticos: el oficial, el de Frondizi y la UCR1, y el de la oposición, el de Balbín y de la UCRP.

Ambos son la expresión de una Argentina oficial, descolorida en su actuar, incapaz y vendida como proyección propia, y encadenada a un mundo que sólo busca perpetuarse en el dolor de las masas populares, en el engaño y la mistificación.

Es la Argentina que se niega a la profundidad latinoamericana y vota contra Cuba y a favor de EE.UU. Es la Argentina de la diplomacia y sus vericuetos; que no puede vivir la realidad cubana, como no tiene alientos para comprender al minero boliviano ni al campesino guatemalteco.

Es la Argentina del Fondo Monetario Internacional; la que se expresa en "La Prensa" o "La Nación"; que se siente fuerte porque encuentra precio de once millones para un toro negro y que se espanta y tiene miedo cuando los obreros reclaman la CAP y se declaran en huelga

"aunque vengan con tanques a arrollarlos".

Fuera de la Argentina oficial, existe otra Argentina que se siente extraña en su propio territorio. Es la Argentina que no tiene Congreso ni Ejecutivo; que no sabe alegrarse del valor de un reproductor bovino pues su angustia es máxima cuando tiene que llevar el alimento a su hogar.

Es la Argentina del trabajo; confusa muchas veces, víctima siempre. Es la Argentina multitudinaria; la que viaja apretujada en las ciudades, se hace "villa miseria" en los aldeaños y vive en ranchos en el campo.

Hasta ahora, estas dos Argentinas: la oficial y la de las mayorías populares, no se habían enfrentado con el rigor actual.

Ayer nomás, se sentían copartícipes de un futuro común; se creían posibles de integrarse en un destino similar.

Pero hoy, la realidad les ha impuesto la confrontación y la lucha y por ello, la naturaleza misma de las cosas se ha hecho conciente en la intención de los hombres.

Claro está que la posesión de los medios publicitarios, del poder político y el económico, hace de la Argentina oficial una situación más coherente, conciente en su incapacidad y por ello brutal en la represión a la otra república.

Esta última, sin organismos estructurados capaces de otorgar cohesión, en busca de una ideología que hasta ahora sólo se concreta en aspectos de la lucha que encara, aparece como confusa, inorgánica y a veces sin alientos para lo definitivo.

Pero las necesidades objetivas que siente esta Argentina del trabajo, la van haciendo cada vez más concientes de los medios de superación de su postulación actual. Y así el proceso se hace subjetivo, en la dinámica de la búsqueda de su ideología.

Existe ya una conciencia negativa, que repulsa la acción de los partidos políticos en la actual estructura institucional; que sabe que ni en la Casa Rosada ni en el Congreso tiene representación alguna; que nada puede esperar para su progreso de sus

patrones, hablen o no castellano; y que reconoce en el Ejército la institución que apuntala ese régimen que le es extraño. Pero aún esa conciencia negativa no se ha transformado en una conciencia positiva, que asuma en el país la "soberanía" que ha abandonado el oficialismo.

Se da así el supuesto de que en la República existen ya dos países diferenciados; una doble situación separada totalmente una de otra, pues mientras la que tiene representación en el exterior con sus embajadores, controla el poder político y sabe de su incapacidad nacional y por ello se hace fuerte en el "imperialismo", la otra Argentina, la que no tiene representación diplomática, hasta ahora sólo ha llegado a una conclusión: la de negar como suyos al "gobierno", los grupos políticos y sociales que lo sustentan y al imperialismo yanqui que lo apun-tala.

No hay aún conciencia para superar esa negación en la construcción de la propia Argentina.

Mientras la oficial tiene su presidente y sus cámaras legislativas; ministros que hablan en su favor; diarios que dedican editoriales para justificarlos y un Ejército que los defiende, la Argentina de la multitud busca en su propia experiencia los objetivos, métodos y dirección de su lucha.

Toda política progresista debe entonces plantearse, exclusivamente, este supuesto: ¿cómo determinar objetivos, métodos y dirección a la lucha del trabajo argentino contra el privilegio?

Toda política de izquierda debe entonces hacerse real en el esfuerzo de las masas populares, otorgándoles conciencia positiva del camino a seguir.

Y así como dijimos que en la esfera de lo político, del lado de la soberanía oficial estaban los radicalismos, debemos entrar al análisis de la tendencia política preexistente en la soberanía del trabajo argentino.

Es evidente que allí domina el peronismo; que la gran mayoría de los trabajadores argentinos se identifica a través de su adhesión a Perón, y por ello, a riesgo de chocar con pre-con-

ceptos y definiciones de ética política (las frases rimbombantes de la libertad y de la democracia), se hace necesario un breve análisis previo.

Al peronismo han tratado de "comprenderlo" todos los sectores, políticos y sociales, del país. Quienes lo han encarado como "fuerza política" lo han tratado —y usado— como "masa electoral" capaz de conjugar en su favor los millones de votos que representa. Así lo hizo el frigerismo y tratarán de hacerlo en el futuro todos aquellos que consideren que con una "orden" se da solución a una situación política concreta.

A nuestro modo de ver sólo se puede penetrar en la esencia del peronismo si se lo considera en su naturaleza social. Así el peronismo de 1945 y aun el de 1955 no es el de 1960.

No analizaremos la anécdota de 1943 ni las razones por las que Castillo fue suplido por Ramírez o por Farrell. En términos absolutos —y por ello sólo se considerarán los aspectos más generales del proceso— el año 1943 fue el de la toma de conciencia del sector de los industriales, que vigorizados por el fuerte proteccionismo estatal del tiempo de guerra, se encontró con aliento suficiente como para reclamar para sí la enorme masa de riqueza acumulada en divisas en Inglaterra y EE.UU. por el hecho mismo de la guerra.

Este sector social, sin plantear una contradicción fundamental con los sectores de la economía agrícola-ganadera, sin fuerza suficiente como para intentar variar la estructura del país, comprendió que sólo con el impulso estatal podía mantener el proteccionismo a cuyo amparo crecía y asimismo aprovechar en su beneficio la riqueza acumulada que podía manejar a través del Estado.

Esta burguesía industrial comprendió, pues, que su fuerza estaba en el poder político y se adhirió al Estado, más como fuente de protección y de dispensación de beneficios, que como posición revolucionaria.

Plantéó el problema nacional, pero incapaz de asumir por sí las banderas totales, fue proclive a la transacción y a la con-

ciliación y al poco tiempo se diluyó en el frente oligárquico, produciéndose el trasvasamiento social de la burguesía industrial con los terratenientes y feudales del campo argentino.

Sólo parcialidades de esa burguesía pretendieron mantener la contradicción entre la oligarquía y la industria, pero carecieron de fuerza y apenas si se contentaron con apoyarse, cada vez más, en las instituciones estatales de cuyo Banco Industrial lo esperaban todo.

Por eso sólo en la superficie del país se dieron las contradicciones, pero la profundidad económica permaneció inmutable, estática y sin variaciones.

Al mismo tiempo la prosperidad económica de la postguerra y la alianza estatal, permitieron la posibilidad de dar soluciones aparentes al problema obrero y campesino en la República. Y el peronismo se hizo sentimiento en la clase obrera incorporada recientemente a las fábricas y al peón de campo, que sintió cumplida por primera vez una legislación tuitiva de su salario.

Este proletariado que, aún en su estructura anterior, sólo había aprendido como medio de lucha la presión sobre las Cámaras legislativas para el logro de una legislación protectora del trabajo, lógicamente, no tenía en vista la subversión del país ni la asunción del poder político con exclusión de capitalistas y terratenientes.

Muchas veces hemos escuchado de quienes se consideran de izquierda, justificar su oposición al peronismo (o su incompreensión) diciendo que éste postulaba la "armonía" en vez de la "lucha de clases". Y esta posición es francamente absurda si se la asume académicamente, pues la antinomia entre "armonía" y "lucha" sólo es válida si se plantea actuando en el proceso mismo, cosa que no ocurrió en nuestro país en el momento que consideramos.

Es evidente que a más de un progreso real en sus ingresos, que alcanzó un momento tope en el año 1948, los obreros y peones rurales obtuvieron durante el régimen peronista un "status social" nada despreciable,

Se sintieron integrantes de una sociedad y reflejados en el quehacer político del país.

Podríamos decir que durante el régimen no hubo una sociología proletaria, que diera total conciencia de clase y que a través de la "lucha" la lanzara a la toma del poder político, pero lo cierto es que, por lo menos, hubo una psicología proletaria, que hizo del obrero y del peón un hombre en el que la conciencia de los privilegios ajenos se seguía disimulando ante la posibilidad de ser escuchados por el Estado. También es cierto que dentro del proletariado el movimiento real fue en favor de los más en relación con los menos, y casi se llegó a una igualación en los ingresos de los obreros calificados frente al resto de los trabajadores y las mismas diferencias entre empleados y obreros se acortaron sensiblemente en materia de salarios.

Con el deceso del tiempo la burguesía industrial, debilitada y diluida por la oligarquía que se había trasvasado en ella, sólo mantenía su conciencia de servirse del aparato estatal y comenzaron a surgir las primeras manifestaciones de lucha entre ella y el proletariado.

A su vez, esta "psicología social" de las clases trabajadoras, que había permitido una rígida estructura de "arriba a abajo" en sus organizaciones gremiales, comenzó a plantear sus primeras reivindicaciones, que requerían "lucha" para lograrlas.

Lo que hasta ese momento se había hecho "estático" por darse dentro de la misma estructura, ya que tanto la burguesía como el proletariado se apoyaban en el Estado, comenzó a adquirir dinámica.

Las huelgas de 1954, el congreso de la productividad y los reclamos de las milicias obreras, aunque todavía se daban bajo el techo del "poder político", comenzaban a mostrar que la simple "psicología social" no servía al proletariado y que era necesario no sólo estar reflejado en el Estado sino también desalojar de él a los sectores capitalistas.

En ese momento se da setiembre de 1955. Y como resultado, el proletariado argentino es ex-

trañado del aparato político y sometido a violencia y represión.

Lo que tenía inicios de existencia, es acelerado así y el proceso adquiere una dinámica en la que lo objetivo se hace comprensible para el hombre del común, por la propia brutalidad del sistema que lo aleja totalmente de su situación anterior.

El "status social" logrado se pierde inmediato con el alejamiento del poder político y la "psicología" se hace "conciencia" y la lucha se patentiza y llega a la esfera de comprensión del obrero.

Por fin, la situación social real es también historia individual de cada proletario en el país.

Y si el peronismo había sido "estático" hasta 1955, se hace "dinámica" desde allí hasta nuestros días.

El proceso político del peronismo se hace cada vez más social, y ello, porque planteada la lucha real, todos los elementos burgueses son arrojados por el proceso a la otra banda, a aquella que hemos definido como la de la Argentina oficial.

Y el peronismo se encierra cada vez más en el proletariado y como éste vive socialmente una situación de lucha. La ideología política debe dar respuesta a las necesidades reales de esa lucha y por ello deja de tener vigencia la "política peronista" para tener valor la acción proletaria.

Alargaríamos inútilmente esta nota si quisiéramos ejemplificar lo dicho, y así explicar la actual repulsa del lgerismo y del integracionismo, la expulsión de los hombres políticos como Abriou u Osella Muñoz y la conducta de los Cardozo, Pezzimenti, etc. Por el otro lado está el inicio de la acción subversiva que puede ser burguesa en lñiguez, pero que es evidentemente popular en las montañas de Tucumán.

El país está pues, en un proceso en el que ya existen claramente dos soberanías: la una oficial, que habla en castellano pero se conduce en "yanqui" y ya no es "Nación" sino agencia imperial; la otra, conjuga con el triunfo proletario la soberanía nacional y la soberanía popular.

La ideología política mayoritaria de esta Argentina no oficial es el peronismo, pero un peronismo sometido a la dinámica de este proceso, que por tal, ya no es meramente "político" sino profundamente social.

El hecho de que aún el obrero se exprese en su casi totalidad como peronista, debe ser aprehendido por toda política de izquierda que quiera sustituir la "soberanía oficial" por la "soberanía popular".

El peronismo, por su propio origen e inspiración, trae confusión y quita estructura al movimiento social, pero es —con toda evidencia— el meridiano de la historia del presente. A través de la ideología peronista el obrero se hace consciente de la lucha en que se integra, y una vez en la lucha ésta misma marca las limitaciones de su conducción y la confusión en los objetivos. Un peronismo que se dice subversivo pero que entrega la subversión a lñiguez, es al fin de cuentas un movimiento que reclama la acción proleta-

ria pero que al mismo tiempo pretende manejarla para no trasformarla en revolución social.

El peronismo sólo puede ser superado en la acción y esta superación sólo puede realizarse con una clara política de izquierda, que se proclame revolucionaria, no en las frases vehementes del orador o del volante, sino en la programática de la lucha y con la lucha misma.

Hacer al peronismo institucional, política y socialmente revolucionario, es superarlo. Combatir al peronismo en la mera estructura política o con los puntos de vista del institucionalismo, es abandonar el proceso social y dejarlo a merced del imperialismo. Si el peronismo desapareciera como las aguas que se traga la arena, sin que los obreros argentinos lo superaran con una ideología acorde con sus reales necesidades, se desencantarian generaciones proletarias para gloria y provecho de los privilegiados.

Esto no significa hacer política peronista, que como tal se encierra y confunde en sus propias contradicciones. Significa actuar en el proceso acelerar su maduración en pos de que la soberanía del trabajo sea asumida por el único sujeto social capaz del progreso nacional, el proletariado, que conciente de su fuerza aventará para siempre el privilegio con su secuela de dolor, miseria y frustración.

Hoy y aquí hay un proceso, que es nuestro si sabemos integrarnos en la **Historia** encarnándonos en la clase obrera, importándonos poco que individualmente sus miembros hayan sentido o pensado y aún hoy sientan y piensen en Perón como solución ideal. La conciencia de los hombres marcha a la zaga de las situaciones históricas en que viven; hagamos conciente al proletariado de nuestro proceso social y habremos recuperado a las masas populares para la historia argentina y no se habrá frustrado, una vez más, el socialismo en América Latina.

CeDInCI

# Por Piedad

Rafael Barrett

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la miserabile estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abrió y acercaba la boca, la roja boca, ancha ventosa sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta. En vez de dar el seno a su hijo, le dió las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó hasta el fin.

"Trataremos de colaborar en la construcción de una doctrina para los países subdesarrollados de este continente, nutrida de la savia nativa, enraizada en la realidad y por lo tanto entroncada con sus movimientos populares", decíamos en nuestro editorial primero. Con ese propósito se han publicado la serie de trabajos que nuestros lectores conocen, trabajos que indudablemente, aparte de avivar la vieja polémica desatada alrededor de la orientación del socialismo en la Argentina, están aportando valiosos elementos de juicio. El autor del que publicamos ahora, constantemente preocupado por los problemas sociales, efectúa un planteo que estimamos debe ser tenido en cuenta.

# Una izquierda política o una izquierda de lógica?

por Torcuato S. Di Tella

CeDInCI

CeDInCI

En la Argentina hay lugar para una sola *Izquierda Política*. O para ninguna.

En cambio, hay y habrá lugar para muchas izquierdas ideológicas, para muchas corrientes de pensamientos, dentro de las fuerzas populares, acerca de la naturaleza de la sociedad a la que se desea llegar.

Pero políticamente, tanto nuestra experiencia como la de otros países, parece indicar que si no se constituye una *Izquierda Política* única, el resultado es una serie de agrupaciones y partidos sin efectividad, debido a su desunión y a su incapacidad de hacer actuar conjuntamente a los varios sectores ideológicos de las clases populares. Sólo cuando la enorme mayoría de la clase obrera militante y de los grupos intelectuales de izquierda actúan unidos en una *Izquierda Política*, pueden ellos tener efectividad. Claro está que siempre subsistirán, fuera del principal tronco político, algunos grupos separados. Pero ellos entonces serán puras secas sin trascendencia alguna, y no estorbarán la marcha principal del movimiento. La constitución de una sólida *Izquierda Política* no requiere, pues, la unión de todos los partidos y movimientos que se autodenominan de izquierda, pero sí requiere la unión o entendimiento de aquellos que representen a la enorme mayoría, tanto de las clases populares militantes como de los grupos intelectuales de izquierda.

Claro está que al decir que sólo en esta forma puede la izquierda ser efectiva, no quiero decir que sea fácil o aún posible constituir, siempre y en todas las condiciones políticas, esa unidad. Pero sí afirmo que, cuando la unidad no existe — como hoy en la Argentina — el principal esfuerzo político de la izquierda debe estar orientado hacia conseguirla.

Todo esto puede parecer suficientemente peregrino y hasta un lugar común. Pero deja de serlo cuando se pasa a considerar las formas de conseguir esa unidad política, sobre todo en condiciones como la Argentina actual, en que subsisten tres fuerzas principales en el sector de la estructura de clases que debería ser ocupado por la izquierda: peronistas, socialistas y comunistas. Ante una situación como ésta, hay una actitud que consiste en creer que la unidad deberá formarse simplemente por una lenta acumulación de voluntades alrededor de la propia bandera partidaria, dejando a las demás reducidas al rol de marginales. La otra actitud, en cambio, consiste en buscar formas de acción conjunta con esas otras líneas ideológicas, tratando de amalgamarlas en una acción y aún un partido único. Esta última posición, por supuesto, implica reconocer que las líneas ideológicas distintas a la nuestra tienen bastante fuerza y perspectivas de permanencia, y que por lo tanto es inoperante esperar simplemente a su debilitamiento y a la "conversión" de sus adherentes a nuestro credo político-ideológico. Además implica estar dispuestos a actuar en el nivel de lo político con una serie de aliados que a lo mejor nos resultan bastante poco aceptables ideológicamente, y que aún podemos señalar que ideológicamente están a distancias muy considerables de nosotros. O sea, que no se trata simplemente de "diferentes versiones del socialismo", o "diferentes versiones de la ideología popular". Creer esto último sería ingenuidad, aunque desgraciadamente hay una tendencia entre aquellos que abogan por las unificaciones políticas del tipo descripto a creer que efectivamente sólo se trata de "variantes en la ideología socialista común". Esto ocurre bas-

tante visiblemente en Chile, por ejemplo. Pero no creo que sea necesario compartir este criterio para afirmar la necesidad y la conveniencia — y hasta la urgencia impostergable — de iniciar una política amplia de unificación de los contingentes políticos con arraigo en las clases populares.

## ¿OPORTUNISMO POLITICO U OPORTUNIDAD HISTORICA?

No se trata, claro está, de hacer un entiosamiento de la clase obrera ni de creer que siempre hay que "nadar con la corriente" del voto popular. Esto sería un mero oportunismo, un mero ir a la zaga. Por ejemplo, la actitud asumida por el partido Socialista (y el Comunista también durante la mayor parte del tiempo) de oponerse al peronismo cuando éste ejercía un poder dictatorial, fue necesaria, aunque impopular. De ahí a la conveniencia de unirse a otros sectores, de centro y de derecha, primero en la Unión Democrática, y después en el apoyo a la revolución de 1955, hay un gran paso. Si este segundo tipo de actitud fue conveniente o no, es un problema mucho más complejo, y que al menos no se puede resolver con el simple principio de la "unidad de la izquierda". Hay condiciones sociales que hacen que ese principio sea inaplicable. Pero entonces el socialismo simplemente no puede desempeñar su rol socialista y clasista, y se ve empujado a jugar un rol liberal. O sea, al no poder formar la izquierda única, no hay izquierda. Porque no se puede calificar al régimen peronista — cuando estaba en el gobierno — como un régimen de izquierda: para eso justamente le faltaba el aporte de las minorías obreras e intelectuales conscien-

temente de izquierda, y le sobraba el apoyo de numerosos sectores militares, clericales, o de burguesía industrial o del peculado.

No es mi objetivo ir ahora a un análisis completo de este tema, de la actitud de asumir ante un gobierno del tipo que existió bajo la presidencia del General Perón. Pero quiero dejar establecido que no creo que en condiciones de ese tipo la política de "unidad de la izquierda", definida por su apoyo de clases sociales, pueda servir. En cambio, creo que en condiciones como la actual, en que el movimiento peronista ya no está en el poder, y va sufriendo importantes transformaciones, una política de izquierda — y por lo tanto una política unitaria de izquierda — empieza a ser posible.

Una serie de factores hacen que haya ahora, y en los próximos años, una oportunidad especial para lanzar en el país un movimiento político que unifique a la izquierda, por encima de las diferencias ideológicas, y que la encauce en un movimiento político unificado — el cual, a no dudarlo, con el tiempo irá generando también una considerable unificación ideológica.

Estos factores son los siguientes:

1) El desprendimiento de la mayor parte de los sectores fascistas, militares, clericales e industriales, del peronismo, y su lenta "integración" en la UCRI y en otros grupos políticos burgueses. (Esta parece haber sido la única "integración" exitosa del frondizismo).

2) La experiencia, por parte de los peronistas, de la persecución política, los sensitiviza a ese tipo de problemas en una forma que no era posible cuando los rigores de la persecución por un estado policial eran sólo sentidos por los no-peronistas.

3) La mala situación económica del país, que si bien

puede mejorar en un cierto número de años, da como resultado por ahora aumentar los antagonismos de clase. Aunque el socialismo no debe basar su política sólo sobre este tipo de agudización de conflictos originada en una mala situación económica (pues en ese caso dejaría de tener vigencia en muchos países industrialmente adelantados y medianamente planeados), el hecho es que una agudización del conflicto del tipo señalado ayuda a cristalizar a un movimiento de izquierda. Esa agudización impide que se imponga la pauta política tipo Uruguay o tipo Estados Unidos, en que dos partidos burgueses se disputan los votos del electorado, ante el conformismo general de la opinión pública.

4) La experiencia, por parte de los sindicatos, dentro de varias líneas políticas, de una lucha contra la patronal, sin ayuda del Estado, y manteniendo fundamentalmente su organización (salvo algunos casos de intervenciones o de grupos dirigentes impuestos). Esto los va convirtiendo, de meros apéndices del Estado que en su mayoría eran bajo el gobierno de Perón, en auténticas organizaciones clasistas.

5) El desarrollo en sectores intelectuales de una actitud generalizada de izquierda, no muy definida, y que va unida a una serie de desilusiones en los últimos cinco o seis años: desilusión con respecto a la URSS en algunos, desilusión ante el frondismo en otros, o ante el socialismo tradicional, o ante muchas figuras de la Reforma universitaria. Esto produce una búsqueda de soluciones nuevas, aplicables a nuestro país, y fundamentadas más científicamente. Por primera vez se está generando en la Argentina un grupo intelectual seriamente orientado a la izquierda y que no está dispuesto a aceptar ilusionismos o soluciones románticas.

Si todos estos factores no resultan en la formación de una importante fuerza de izquierda en el país, no será porque los "factores estructurales" no nos hayan ofrecido la oportunidad. Pero esta oportunidad ofrecida por la constelación de "factores estructurales" debe ser aprovechada por algún grupo humano que actúe inteligentemente, pues automáticamente nada va a ocurrir, como cualquier buen marxista sabe.

## EL SOCIALISMO IDEOLÓGICO

Para comprender los problemas del socialismo en la Argentina debemos tener en cuenta el carácter de país "periférico" con respecto a los países imperialistas y de vieja civilización, de los cuales hemos sido particularmente apéndice debido al fenómeno de la inmigración masiva. El socialismo en la Argentina fue un fenómeno de importación que vino al país cuando éste en su conjunto aún no estaba "maduro" para el mismo. Esto, lógicamente, tiene que ocurrir en un país periférico, pues las ideas se transmiten con más rapidez que los niveles técnicos y de progreso económico. Además, lo que había sido en los países europeos un movimiento sostenido más por dirigentes y militantes obreros autodidactas que por intelectuales, se transformó aquí en algo sostenido más por intelectuales que por obreros. Inclusive los obreros socialistas, muchos de ellos inmigrantes, tenían la sensación —justificada por los hechos— de constituir un sector especial, separado de la masa de población proletaria nativa, sobre todo del interior del país, y aún de Buenos Aires. Ciertamente que los inmigrantes llegaron a constituir una mayoría de la población obrera industrial. Pero les quedó a muchos de ellos, incluyendo los militantes políticos, este sentimiento de constituir un sector que no era el más bajo y explotado del país, sino que era algo así como la parte "esclarecida", educada,

fuertemente separada del resto, dentro del total de los trabajadores del país. Aunque esto también ocurrió parcialmente en otras partes del mundo, en la Argentina el fenómeno inmigratorio le dio particular fuerza.

Todo esto formó la característica "ideológica" del socialismo de esa época, que ha sido tan bien descrita por Giussani en su artículo del núm. 1 de SITUACION. Y justamente Giussani, al describir el fenómeno, evita la fácil acusación de "derechismo" o "reformismo" que se puede dirigir contra Juan B. Justo y sus colaboradores. Al contrario, la actitud del partido fue fuertemente "clasista" en ideología, y se negó a participar o apoyar al radicalismo irigoyenista. Es interesante que en su análisis, Giussani, desde un enfoque de izquierda, implícitamente critica al socialismo de aquel entonces por no haber colaborado con la burguesía y clases medias representadas por Yrigoyen, quien constituía una salida política real. La alternativa la da como una de purismo e impotencia política, con tendencias de hecho a ir a entenderse con el conservadorismo.

Lo que ocurre es que evidentemente es muy difícil la situación de un socialista en una sociedad que aún no está madura para el socialismo. Esto se nota particularmente en países muy subdesarrollados o de estructura feudal. Sin embargo, y aun admitiendo que la Argentina de esa época no estaba madura para tener un gran movimiento socialista con avanzada conciencia de clase, debemos anotar que su grado de subdesarrollo no era tan grande, ni era su situación tan completamente feudal como a veces se cree. Sobre todo alrededor de Buenos Aires había un desarrollo comercial bastante avanzado, y el sindicalismo comenzó a desarrollarse con bastante fuerza y militancia, a pesar de las represiones. Inclusive podemos decir que las alternativas que se le presentaban a los socialistas no eran sólo las dos de colaborar con el irigoyenismo o de caer en el purismo estéril. Había otra, que comprendemos si tenemos en cuenta un nuevo factor: la existencia de un poderoso movimiento anarquista durante toda la primera parte de este siglo.

El hecho de que ahora haya desaparecido, o que sus limitaciones y fallas teóricas sean demasiado evidentes, no justifican olvidarse de esa gran primera manifestación social de la clase obrera de la Argentina. El anarquismo fue mucho más típicamente obrero que el socialismo, y contó con menor número de intelectuales brillantes de las clases medias y profesionales. Por supuesto, percibió también influencias intelectuales europeas, pero el elemento puramente obrero tuvo en él mucho más peso específico que en el socialismo. Fue, en una gran medida, una especie de "espontaneísmo obrero". Era mucho más simple en sus afirmaciones, más inmediata, incluso más cultivador de la violencia y de la "acción directa", lo que en ciertas etapas de desarrollo es particularmente atractivo a la clase obrera como táctica de lucha. No tenía necesidad de explicar los complicados procesos de la participación en el régimen político liberal, ni la necesidad de pasar a través de largos períodos de transición antes de llegar al socialismo. Todo esto lo hizo más atractivo, más emocional, más sentido con todo el cuerpo, que el socialismo, que fue en cambio una expresión más intelectual, más controlada, más complicada.

Con esto no estoy haciendo una apología del anarquismo. Sus errores y sus ilusiones terminaron por liquidarlo, mientras que el socialismo ha subsistido y da nuevos brotes. (Esto es, por otra parte, un fenómeno mundial.) Pero lo que nos tenemos que preguntar es por qué el socialismo tuvo una actitud tan antagonista e incomprensiva hacia el anarquismo. Es la actitud hacia el anarquismo, y no la actitud hacia el irigoyenismo, la que a mi juicio hay que hurgar para

comprender algunos de los defectos básicos de un socialismo de país "periférico".

Se puede argumentar que "los anarquistas eran gente muy difícil para trabajar con ellos", que "ellos eran los primeros en atacar a los socialistas", y otras cosas parecidas.

Admito que, a cincuenta años de distancia, es fácil decir lo que "debió hacerse". Pero sin querer hacer este tipo de disquisiciones sobre qué hubiera ocurrido si tal o cual cosa se hubiera dado, podemos tratar de entender qué factores determinaron el particular encono de los socialistas hacia el anarquismo. Y tengamos en cuenta que en este análisis yo considero al grupo socialista de aquella época como el más evolucionado, el que realmente estaba formado por gente con más comprensión del proceso social que los anarquistas. ¿Pero por qué, en vez de tratarlos a los anarquistas como una expresión adolescente, como una expresión un tanto simplista y primitiva de los enconos de clase, con la superioridad y seguridad de un grupo dirigente del movimiento total, por qué en vez de eso, la actitud de encono y mutuas reprimendas?

Creo que una respuesta puede estar en el desarrollo demasiado prematuro de la estructura socialista como partido, y de su ideologismo ya antes mencionado. Su ideologismo hizo que tuviera demasiada confianza en la importancia de sus "verdades ideológicas", considerando como inútil la colaboración con un sector tan desorientado ideológicamente como el anarquista. Y el desarrollo demasiado prematuro de la estructura propiamente partidaria, hizo que desde el principio tuviera que responsabilizarse por todas las tareas y todos los compromisos de participar en un sistema político liberal corrompido, cuando todavía la clase obrera no las entendía, con o sin razón.

No se trata acá de afirmar o negar el valor del sistema político liberal. Este sistema (1), cuando va unido (como iba en aquella época) a la acción sindical, al trabajo cooperativo y educacional, y a la participación en agitaciones de la opinión pública, constituye una de las posibles formas de acción del socialismo. Pero, aparte de la opinión que él nos merezca, podemos constatar que en muchos países la participación en él no debilitó el apoyo popular de los partidos socialistas (aparte de otras consecuencias que puede haber tenido sobre su carácter reformista).

Pero el hecho clave a tener en cuenta en la Argentina, era que una importante parte de la clase obrera simplemente no estaba dispuesta a aceptar ese sistema como válido. ¿Que esto se debía a la demagogia anarquista? ¿Que esto se debía a su bajo nivel de comprensión de los problemas sociales? Bueno, pero el hecho es que así pensaban, y que no se trataba simplemente de masas tradicionales, bajo influencias rurales o capitalistas, sino que constituían importantes núcleos obreros organizados, con cuyo antagonismo había que contar si se entraba por la vía de la acción socialista "ideológica", independiente del resto de la clase obrera. (En esa época la ideología socialista, sea reformista o revolucionaria, llevaba a usar el sistema político liberal, y a antagonizar a los anarquistas.)

Una cosa es que el socialismo, aun siendo una minoría en la clase obrera, comience a actuar independientemente como partido separado, cuando la mayoría de la clase obrera sigue siendo tradicionalista, diga-

mos conservadora, o liberal, o radical. Pero en este caso argentino se trataba de un fuerte grupo obrero (posiblemente más numeroso que el socialista) que se colocaba más "a la izquierda", por usar una palabra un tanto manida pero significativa, sobre todo emocionalmente.

El socialismo quiso empezar muy pronto, pues, siendo la expresión del obrero "consciente y responsable", como decía Juan B. Justo. Pero dejó atrás, no sólo a los obreros que aún eran sobornados por las empanadas y los asados (lo cual no hubiera sido grave), sino que también dejó atrás y se desentendió de los obreros que necesitaban de la ideología simplista y milenarista del anarquismo para seguir subsistiendo emocionalmente. Quiso ser el socialismo de los elegidos, de los justos, olvidándose de lo que había pasado a aquel político ateniense que se vio súbitamente desterrado de su ciudad porque todos estaban cansados de oírlo llamar "el justo".

## EL SOCIALISMO Y LOS INTELECTUALES

Podemos decir que una premisa fundamental de la política socialista es que ésta sólo puede realizarse eficientemente si el pueblo la entiende. O, especificando más, si la parte del pueblo que se ha emancipado de los controles tradicionalistas (2) la entiende. Debemos tener cuidado, por supuesto, en no caer en el gracioso error que consiste en suponer, por definición, que "los que se han emancipado de los controles tradicionalistas" son... justamente aquellos que votan por el partido socialista.

Si, en una situación dada, la mayor parte de ese "pueblo emancipado del tradicionalismo" no comprende la política socialista, entonces es mejor no tener una acción política socialista —sobre todo la que pretende representar al todo de la clase obrera. Por la simple razón de que la política socialista sólo se justifica como acción que realmente (y no imaginariamente, por alguna supuesta necesidad histórica), representa a la clase obrera emancipada. Esto no quiere decir que los socialistas deben cruzarse de brazos en esos momentos. Pueden hacer muchas cosas, aparte de la acción política, partidaria, propiamente dicha (que, de todos modos, va a resultar ineficaz). Pueden actuar organizadamente, pero con espíritu unitario, en los sindicatos, en las organizaciones cooperativas, culturales, vecinales. Pueden, sobre todo, ir preparando el ambiente ideológico para la necesidad de que se estructure una acción política real y conjunta de la clase obrera. Inclusive si un partido socialista ya ha sido formado, él en la práctica no tendrá gran acción política, aunque pretenda tenerla, y su influencia de hecho será de tipo preparatorio y educacional. Pero al menos es mejor reconocer este hecho y no creer que se está realmente cumpliendo una acción política. Pues se corre el peligro de ser el único grupo legalmente reconocido (si es que los demás se niegan a entrar en el juego, como los anarquistas, o no se les permite, como a los peronistas ahora) y adoptar el antipático papel de vehículo legalizado, y oficialmente tolerado, de expresión de la clase obrera, sin que ésta lo haya percibido.

Con esto no estoy tratando de afirmar que, en con-

(2) Los controles por obra de caudillos del tipo demagógico moderno no son "tradicionalistas" en este esquema. Al menos la experiencia moderna parece corroborar esto. Al sector obrero influenciado por demagogos de este tipo hay que considerarlo formando parte del "grupo emancipado" (aunque, claro está, sin conciencia de clase).

diciones de ser una minoría, un partido socialista no debería existir. Pero si afirmo que cuando un partido socialista se ve en una condición de minoría dentro de la "clase obrera emancipada de lo tradicional", su primera preocupación debe orientarse hacia la unificación con las demás fuerzas que tienen apoyo en esa clase obrera emancipada, pasando por encima de las diferencias ideológicas, y tratando de constituir una fuerza política unificada.

Acá es donde cabe un rol particularmente importante a los intelectuales que se asocian a la causa del socialismo. Su función puede ser muy positiva o muy negativa, según que sepan o no definir su posición en el movimiento.

Debemos comenzar por notar que en general el intelectual socialista se encuentra en una minoría dentro del conjunto de profesionales de su país. Esto es lógico por su posición de clase, y tiende a convertirlo en un hombre socialmente marginal, con grupos de referencia un tanto conflictivos. Por un lado aprecia y se ve obligado a respetar y valorar las realizaciones de los demás intelectuales o profesionales no-socialistas, pero por el otro sus ideas políticas lo acercan a los valores y formas de acción obreras. En países de más alto desarrollo social y científico, el intelectual socialista puede hacerse un lugar respetado dentro de la comunidad académica, pues en ella existen en mayor medida standards de apreciación técnicos. Esto, cierto es, puede tener influencias conformistas sobre él, pero al menos le permite seguir funcionando como intelectual en un medio propio. En países de menor desarrollo, en cambio, esta vía está menos abierta, y el intelectual socialista tiene más tendencia a buscar el partido como caja de resonancia donde ser apreciado, donde constituir una reputación —misma intelectual— que le es negada o retaceada en el mundo profesional o académico. Esto es positivo en cuanto lo politiza más, pero tiene el peligro de que empuja hacia la acción política a un número demasiado elevado de intelectuales que estarían mejor en otro lugar, como científicos, que como políticos. Terminan no siendo ni buenos políticos ni buenos intelectuales, pues las necesidades de una de estas actividades hacen difícil el desarrollar eficientemente la otra. Existe, pues, una superabundancia de "salvadores" que caen sobre el movimiento político obrero, a imponerle sus soluciones, en vez de especializarse en alguna disciplina y estar preparados para dar opiniones realmente calificadas para cuando sean consultados.

No es que un movimiento socialista debería ser dirigido solamente por obreros, o que el intelectual no tiene posibilidades de actuar en el campo específicamente político y partidario. Por el contrario, puede hacerlo, e incluso es útil que algunos se dediquen a la política en forma altamente técnica y profesional. Pero la mayoría tiene su función en una posición un tanto independiente, que le permita la acción al abrigo de las consideraciones inmediatas de conveniencia partidaria, pero con suficientes vínculos estructurales con el partido o el movimiento obrero como para ejercer alguna influencia, más del tipo de dar sugerencias y planes, que de imponerse a través del propio liderazgo.

Es posible que en la Argentina el Partido Socialista desde temprano atrajo a numerosos intelectuales a través del mecanismo antes señalado. Para exponerlo gráficamente, y aun a riesgo de ser un poco injusto: ¿no hubiera sido mejor que los Dres. Justo y Repetto, en vez de perder tanto tiempo en la dirección del partido, hubieran tratado de elaborar, independientemente de las presiones partidarias, una teoría socialista aplicable al país, dejando la conducción del partido, y de la política sindical, en manos menos embebidas de cien-

cia pero más prácticas y más naturalmente sensitivas a las formas de pensar del pueblo?

Claro está que si esto hubiera ocurrido, a lo mejor el partido no se hubiera formado sino años más tarde. Seguramente esto hubiera sido positivo, y hubiera habido más posibilidades de integrar a esa masa obrera más emocional que, en cambio, debido a las luchas ya definidas, se fue orientando hacia el anarquismo (y cuyos equivalentes luego siguieron al peronismo).

Pero volviendo al problema general, podemos decir que la división clara del trabajo entre el intelectual y el político tiene varias ventajas estructurales:

1) Los intelectuales socialistas, al estar menos ligados al partido mismo, tienen más posibilidad de formar agrupaciones paralelas independientes, en las que encuentren un estímulo y una libertad de opiniones y de diferir con políticas inmediatas, lo que ayudaría a evitar su osificación mental.

2) El partido contaría con menor disponibilidad de líderes posibles, pero esto se vería compensado por el hecho de que su crecimiento sería más natural y más a tono con el desarrollo de los sectores obreros socialistas, los que impondrían una política menos "científica" pero más popular. Sería más fácil para los líderes sindicales gravitar hacia la dirección del partido.

3) Los grupos intelectuales podrían ir desarrollando seriamente un cuerpo teórico socialista adaptado al país, lo cual les daría un prestigio e influencia a largo plazo, y en un terreno en el que entienden, que compensaría la influencia que pierden a corto plazo (y que se ejerce en un terreno en el que no entienden). Inclusive este prestigio podría atraer hacia el socialismo a mucha gente que de otro modo no se acerca a él justamente por no encontrar estímulo intelectual o solución a sus preguntas sobre la ideología y la estrategia socialistas (soluciones que en cambio encuentran, aunque simplistas y a veces impuestas desde arriba, en el comunismo, o en el trotskismo, o hasta el nacionalismo popular).

### UN SOCIALISMO POLITICO

Pasar del socialismo ideológico al socialismo político es la principal tarea actual. Reemplazar simplemente a un tipo de socialismo ideológico por otro tipo de socialismo ideológico, más izquierdista o revolucionario, no es suficiente.

Un socialismo político debe transformarse en el principal propulsor de la formación de una Izquierda Política única en el país, dentro de la cual quepan múltiples enfoques ideológicos. En la medida en que dentro del socialismo haya una clara división del trabajo entre el sector intelectual y el sector político, esta tarea será más fácil. Y esto, aun a pesar de que la división del trabajo producirá inevitablemente fricciones y malentendidos, y una posible impresión de desorganización. Justamente esto es así porque la unidad de la izquierda no puede basarse en una homogeneidad ideológica, sino en una coincidencia política. El ejemplo más reciente de esto es el de la revolución cubana, que no se caracterizó en ningún momento por una homogeneidad ideológica sino por una común determinación política. Y en las actuales circunstancias argentinas esta coincidencia política sólo puede darse a través del entendimiento entre varios grupos separados. Esperar que el entendimiento va a ser sólo entre la estructura del Partido Socialista por un lado, y los "militantes de base" de las otras orientaciones implica desconocer la fuerza y consistencia de esas otras organizaciones.

La situación actual parece exigir ese entendimiento,

que lleve a la formación de una especie de frente común al que pueden dársele numerosos nombres. (Frente Popular, Frente Único Obrero, etc.) Debe implicar un entendimiento real, entre las varias fuerzas en cuestión, y no meramente un arreglo electoral. Debe ser una conjunción real de fuerzas, por más que ella no tenga posibilidades electorales o institucionales inmediatas.

En este punto puede plantearse el problema de si esa conjunción de fuerzas debe incluir sectores de clases medias, o aun de "burguesía progresista", o si debe limitarse a la clase obrera (incluyendo, sin duda, a individuos y grupos de clases medias, pero sólo "por arrastre", como siempre ocurre con cualquier movimiento popular, y no a través de una real representatividad de sus intereses de clase).

El problema es muy frondoso, y en un número anterior de SITUACION fue debatido en una mesa redonda. El problema no siempre se plantea en forma correcta, entre otras razones por el uso indiscriminado y vago de la palabra "revolución". Sin ir a un análisis más a fondo de este tema, y del significado del término "revolución democrático-burguesa", a mi juicio sólo en países particularmente subdesarrollados se da la posibilidad de movimientos policlasistas con ideología "revolucionaria" y con amplia participación de clase obrera y de clase media (en general son países en que también hay un amplio campesinado, que integra el movimiento popular y que actúa como "muelle" entre las dos clases mencionadas). En países de mayor desarrollo (como la Argentina o Chile) es mucho más improbable que se den movimientos de ese tipo, pues los antagonismos sociales, aunque menos marcados, corren más entre clases medias por un lado y clase obrera por el otro. No hay en general una oligarquía tan visible que concite el antagonismo común de clases medias y obrera. Además, la disminución a un mínimo del campesinado hace que no haya el referido "muelle" o colchón entre las clases medias y obrera. Por eso es que en este tipo de país es mucho más probable que la clase obrera actúe políticamente sola. (Este sería, aproximadamente, el caso de Chile.) Hay una posible excepción, muy importante políticamente: que se formen movimientos de tipo honpartista, en que se integra a la clase obrera con pequeñas minorías de las clases relativamente altas de la sociedad (grupos minoritarios de la burguesía industrial, o del ejército o la iglesia: sería el caso original del peronismo). Justamente parece ser que esos sectores no-obreros que se integraron al peronismo están siendo separados en su mayor parte de ese movimiento, y siendo absorbidos por los partidos tradicionales en mayor o menor escala. Esto permite una clarificación política, aunque no necesariamente ella será necesariamente dada. Porque podríamos pasar a un sistema político tipo Estados Unidos o Uruguay, en que se vuelve a dar la posibilidad de formación de movimientos importantes que integren a clases medias y burguesía con la clase obrera (como el Partido Demócrata norteamericano, o el Colorado uruguayo), pero ya sin tener una ideología revolucionaria o socialista.

Por eso es que en las condiciones argentinas la única posibilidad política (no solamente electoral) con contarse en la clase obrera fundamentalmente (sin excluir pequeños grupos de "arrastre" de otras clases, pero que no serán significativos ni numéricamente ni desde el punto de vista del poder, como lo fueron bajo nido aunque sea aproximadamente socialista, debe ser el peronismo). Es cierto que "el arrastre" de sectores medios puede ser mayor que el que generalmente el socialismo arrastra en países de mayor desarrollo, pero no parece que pueda ser suficientemente signifi-

cativo como para eliminar el carácter obrero que esta conjunción de fuerzas debe tener para ser factible.

El cuadro completo de las fuerzas que podrían nuclearse en esta forma incluye a algunos partidos políticos (peronista, socialista, comunista) y a los sindicatos. Esta última es una parte esencial en el conjunto, sin la cual la posibilidad de una izquierda política se debilita mucho.

En el caso especial argentino, tendríamos los siguientes componentes, analizando más a fondo los grupos mencionados:

1) La masa peronista, bastante emocionalmente adherida al mito de Perón, y que tiende a seguir líderes sancionados oficialmente por Perón.

2) Los grupos dirigentes máximos peronistas y los intereses económicamente fuertes ligados a ellos que aún quedan.

3) Los equipos burocrático-administrativos de los sindicatos, de las varias tendencias en juego (eliminando las abiertamente corrompidas o entreguistas), así como los equipos de militantes que se ubican alrededor de ellos.

4) Los grupos políticos socialistas, activistas en general sin mucho apoyo de una estructura burocrática.

5) Los grupos comunistas, activistas fundamentalmente de tipo idealista.

6) La jerarquía comunista, que dispone de una organización burocrática propia, que incluye, aparte de los períodos de represión, diarios, periódicos, contactos extranjeros, etc.

7) Un sector intelectual socialista, relativamente independiente de la estructura misma del partido.

En la versión más amplia de unificación, todos estos grupos entrarían. Se pueden hacer versiones más restrictivas. Por ejemplo, eliminar al grupo de intereses económicos fuertes que giran alrededor del peronismo oficial. O se puede sugerir la no inclusión de los comunistas por varias razones.

No es mi objetivo analizar las posibilidades políticas concretas de este tipo de acción conjunta. Pero hay que observar lo siguiente. De los siete componentes, hay tres que disponen abundantemente de estructuras burocráticas y de dinero: la jerarquía peronista, la comunista, y los sindicatos. De estas tres estructuras sólo una puede ser la base genuina de un movimiento socialista: la burocracia sindical. Las otras dos son —en alguna medida— potenciales enemigas de la unidad obrera, aunque pueden tener que ser incluidas en todo o en parte en un movimiento unificado para que éste sea realmente mayoritario en la clase obrera. Ambas burocracias, la peronista y la comunista, ejercen control sobre grupos que es esencial incluir: la masa peronista emocional, y los militantes comunistas idealistas.

La crítica más común a cualquier intento de unificación del tipo descrito es que, justamente, estas burocracias peronista o comunista serían las primeras beneficiadas, pues tienen gran ventaja contra cualquier otro grupo político que sólo tenga buena voluntad y entusiasmo.

El argumento debe ser considerado detenidamente, ya que los peligros a que apunta son reales, y confirmados por algunas experiencias históricas.

Además, las mismas experiencias históricas (tanto la del Frente Popular en Francia como la del FRAP en Chile) parecen indicar otro aspecto a tener en cuenta. Cuando se dan estos fenómenos de unidad, en general la actitud dominante en el partido socialista en cuestión suele ser de un izquierdismo un tanto romántico, casi limítrofe en un buen sector con el "infantilismo de izquierda" de que hablaba Lenin. Además,

## UNA ESTRUCTURA PARTIDARIA ADECUADA A LA FUNCION POLITICA

Para que este plan de acción sea factible, y realizable con éxito, se precisa una estructura partidaria adecuada.

Lo dicho implica la formación de un frente electoral y político donde se incluyan no sólo algunos partidos políticos y sectores de partidos o de líneas ideológicas (como pueden ser grupos de izquierda ucristas o católicos) sino también y sobre todo sindicatos. La influencia que cada grupo tendría sobre la dirección debería ser en buena medida proporcional a la cantidad de afiliados, lo que pondría firmemente la dirección en manos de los sindicatos. Esto puede ser criticado de "reformista" si se adopta el punto de vista según el cual los sindicatos no pueden desarrollar más que una mentalidad "trade-unionista" y por lo tanto deben ser llevados a remolque por un grupo puramente partidario. En la concepción propuesta, en cambio, se supone que el Frente político debe ser dirigido por la clase obrera y que ésta es la que le debe imponer sus formas de acción dominantes, aun cuando bajo la influencia (pero no la imposición) de sectores puramente partidarios o intelectuales.

Es cierto que la clase obrera (y no sólo los sindicatos), en países de avanzado desarrollo industrial, tiende al reformismo en lo que respecta a los medios a usar, e incluso tiende a no ver muy claramente el tipo de "cambios estructurales" necesarios para llegar a una sociedad socialista. Pero debemos afirmar el simple hecho de que si la clase obrera no ve claramente esos objetivos, o no los aprecia, entonces no hay fuerza en el mundo capaz de imponerlos. El socialismo debe ser realizado por la clase obrera, pues de lo contrario nadie se ocupará de ello. Un "socialismo" impuesto en otra forma simplemente tiene muy poco de socialista. Podrá ser, bajo forma comunista o bajo forma nacionalista revolucionaria, una importante etapa de transición hacia el socialismo, y merecer en algunos casos el total apoyo de grupos ideológicos socialistas o de la clase obrera. Pero necesariamente, al basarse en clases ajenas a la clase obrera, genera intereses creados que en un futuro deberán ser vencidos para seguir el camino socialista. Esto es justamente lo que ocurre en situaciones en que se dan fenómenos tipo "revolución democrático-burguesa" o "revolución comunista".

Por otra parte, a veces se sostiene que, aunque la clase obrera, organizada en sindicatos, desarrolla una ideología "reformista", ello no ocurre si se organiza en un partido socialista de claras convicciones revolucionarias. Esta era, entre otras, la teoría en que se basaba la socialdemocracia alemana tradicionalmente. Los hechos no parecen haber apoyado esta idea. Si los sindicatos tienden a formas de acción reformistas, es por efecto de ciertas "compulsiones estructurales" a que está sometida la clase obrera tanto en los sindicatos como en otras organizaciones políticas (siempre que éstas sean organizaciones abiertas y mayoritarias dentro de su clase).

El problema no consiste, a mi juicio, en negarse a aceptar las tendencias "reformistas" del sindicalismo, sino en influir sobre él para que en vez de ser un reformismo claudicante se transforme en un reformismo activo y dinámico, capaz de aprovechar todas las circunstancias de cambio social que se encuentran a su alcance. La aislación de los partidos políticos socialistas de los sindicatos sólo puede llevarlos a la impotencia, en países de alto desarrollo industrial (en-

(Sigue en pág. 20)



NANKIN

Jardín de Infantes en la comuna popular

*Aunque fueran perlas las que cayeran del cielo,  
los que tienen frío no podrían hacerse un traje  
Aunque fuese jade lo que cayera del cielo,  
los que tienen hambre no podrían hacerse una comida.*

SU TONG PO (SU CHE) (1036 - 1101)

# IMPRESIONES SOBRE CHINA

—¿Cuánto tiempo permaneció Ud. en China?

—Nuestra estadía en China se prolongó aproximadamente un mes: veintiocho días, para ser más preciso.

—A su juicio, la visita efectuada a China ¿resultó completa?

—Muy completa. Nosotros vimos Pekín y cinco ciudades más: Anchan, Changchun, Shanghai, Nanking, Hobei y Hangchow. Por lo demás, los chinos nos preguntaron qué era lo que queríamos ver, escuchar y visitar, y a lo largo de nuestra recorrida nuestros deseos fueron ampliamente superados. Nuestro afán por conocer fue bien correspondido por los chinos —que son de una amabilidad y modestia inimaginables—, ya que no nos dejaron pregunta sin responder. Me interesa señalar especialmente la amplitud y la ausencia de sectarismo que ostentan los chinos al mostrar su construcción.

—¿Y es tan importante el desarrollo chino, como hoy se señala?

—El desarrollo chino es impresionante. Usted sabe que tengo compromisos periodísticos con SITUACION. En algunos artículos, pues, y en charlas o mesas redondas iré dando algunos elementos que corroboran la magnitud de la construcción china. Para que usted tenga una idea,

RICARDO MONNER SANS integró, en su calidad de Secretario de Relaciones Internacionales del Consejo Central de Juventudes Socialistas Argentinos, la primera delegación juvenil argentina que visitó la República Popular China. SITUACION comprometió a Monner Sans para escribir algunos artículos vinculados a su viaje, pero, no obstante ello, hemos creído de interés efectuar un reportaje apenas regresado al país.

este tipo de experiencias políticas se realiza casi siempre después del desprendimiento y separación del ala derecha socialista, que proveía de contactos en ciertos sectores medios. En cambio, el partido comunista, al entrar en estas uniones, entra tomando un poco la actitud de "moderación" y "sentido común". (En el caso francés, este partido estaba mucho más a favor de cooperar con la burguesía liberal en el rearme contra Alemania que los socialistas; y en Chile está mucho más a favor de cooperar con ciertos sectores de "burguesía progresista" contra el imperialismo: ambas actitudes comunistas, nos gusten o no, resultan ante la opinión pública más "realistas" y "de sentido común" que las socialistas, y aunque enajenan a grupos ideológicos muy de izquierda, obtienen un insospechado apoyo en amplios sectores populares y de baja clase media.)

La principal forma de contrarrestar estas posibles influencias negativas estriba en la participación en el Frente Político de los sindicatos mismos, o con su propia burocracia (generalmente poco politizada o peronista gremialista) sería la principal fuerza poderosa de balanceo contra la o las otras burocracias que se incluyeran (peronista política, o comunista). Además, la participación del sector intelectual socialista, independizado de una adhesión completa a la política del partido, permitiría la expresión dentro del Frente Político de enfoques que no coincidirían necesariamente con los extremismos más románticos del partido mismo. Por otra parte, no hay que olvidarse de que el rol "extremista" del partido es en su propia forma positivo, pues, aparte de que sus expresiones sean acertadas o no, ellas resultan tener la capacidad de provocar entusiasmo y adhesiones emotivas en ciertos grupos importantes de la población. Esta es a mi juicio la única forma de ir contrarrestando la influencia carismática y demagógica del peronismo: no creo que la solución se logre haciendo demagogia consistente por parte de los socialistas, pues esto implicaría un grado de desprecio por el pueblo que sería lamentable en un partido socialista. En cambio, si el partido, o fuertes sectores del mismo, realmente creen en un conjunto de ideas y de slogans que de hecho, objetivamente, resultan teniendo efectos emocionales que puedan contrarrestar los del peronismo, el resultado es altamente positivo desde todos los puntos de vista. En un Frente del tipo mencionado la política deberá adaptarse a las circunstancias, siendo en algunos casos más dinámica y de tipo "revolucionario", mientras que en otros momentos deberá ser más cautelosa y preocupada por objetivos cortos, inmediatos. Según cuál sea el momento, el liderazgo debería ir oscilando entre el sector puramente partidario, más emocional, impetuoso y juvenil, y el sector sindical, más burocrático, prudente y preocupado por consideraciones de factibilidad inmediata.

Dentro del conjunto de elementos que pueden entrar en una unificación política, pues, habría tres de los que se puede esperar un desarrollo socialista: los sindicalistas (aun cuando no socialistas), el grupo más emocional del partido mismo, y el sector intelectual un tanto independiente y que marcha a la retaguardia, observando y previendo los acontecimientos.

Los demás grupos deberán ir gravitando hacia posiciones semejantes, particularmente los militantes comunistas y la masa peronista emocional. La resistencia interna puede en cambio esperarse de las dos otras burocracias, la peronista y la comunista; pero a pesar de ello su participación puede ser esencial por el control que ejercen sobre los dos grupos anteriores.

vaya este ejemplo: el Segundo Plan Quinquenal (1958-62) establecía que a su término —es decir, en 1962—, el valor total de la producción industrial y agrícola debía aumentar aproximadamente en un 75 % sobre el monto de la de 1957; pues, en 1959, el aumento era ya del orden del 94 %. ¡En dos años ha superado China lo que se planificó para cinco!

Ahora bien: ya que usted me pregunta sobre el desarrollo y la construcción de China, deseo agregar que la obligación para un militante de un partido de izquierda es no ver solamente los efectos, sino que es necesario descubrir las causas. Porque los efectos los descubre hasta un turista reaccionario. Por lo que de ninguna manera podemos eludir el estudio del método en la construcción china. Aquellos resultados extraordinarios los ha producido un método y una estructura que han sabido canalizar, positivamente, el anhelo de las masas. No soslayemos, pues, el problema en su integridad: no hagamos "esquismos parciales."

**—El ritmo de crecimiento chino ¿es también visible en el campo?**

—Sin lugar a dudas. Una de las cosas más impresionantes en el esfuerzo chino es la de conocer y estudiar ese fenómeno extraordinario de la comuna popular. Es apasionante por doble motivo: en primer lugar, por su propio mecanismo y por la forma en que se llegó hasta la comuna popular rural; pero también es muy importante —y de gran valor para la izquierda latinoamericana— el comprender la gran participación que le cabe a los campesinos chinos en el desarrollo de su patria. Porque es bien conocido aquello que hace a la problemática política de nuestro tiempo: la conciencia revolucionaria en el campesinado.

De todo esto ya hablaremos con más tranquilidad y, por supuesto, con más profundidad. Sólo digamos ahora que se esperaba para 1962 incrementar la producción agrícola en un 35 %. En 1959 ya se ha superado el 45 %.

Los planes resultan chicos para el esfuerzo chino, lo que demuestra que las masas en movimiento superan los más optimistas resultados que se puedan predecir. Por lo demás, las masas chinas no sólo mantienen una adhesión inquestionable a sus dirigentes, sino que, con su esfuerzo y su trabajo, saben valorar su propia responsabilidad. Ello permite asegurar que el éxito chino radica fundamentalmente en la conciencia del pueblo y en una dirección eficaz que sabe pesar, en primer término, esa conciencia revolucionaria.

**—Desde el punto de vista político-social ¿qué es lo que más le ha impresionado?**

—La suya es pregunta que da para hablar un largo rato. Obligado, respondo sintéticamente: me impresionó la gran participación de las masas en la conducción y desarrollo de China. Esa participación se da tanto en la industria cuanto en el campo. Es una de las causas que explican los éxitos obtenidos en la creación de la comuna popular.

Por otra parte, esa irrupción masiva ha permitido obtener algo inapreciable para la construcción revolucionaria de un país: que cada chino —y son muchos...— sienta íntimamente ligado su destino con el destino de su pueblo, de su nación y de su Estado. Este es un fenómeno extraordinario que la izquierda latinoamericana tiene que estudiar a fondo para estructurar los movimientos políticos aptos que permitan hacer entender esa "incidencia o coincidencia", única manera de derrotar en todos los terrenos al imperialismo y a sus personeros.

Me ha interesado vivamente conocer aspectos de la lucha antiimperialista y por la liberación nacional, problemas de los cuales nos ilustran bien las obras de Mao. Pero siempre es mejor ver que leer simplemente. Y entonces he podido comprobar el despliegue extraordinario de energía social que las masas chinas desarrollan en su tarea antiimperialista. Tarea que no es solamente de declamación solidaria, pues hemos po-

didado observar a las milicias populares marchar hacia los lugares de ejercicio de tiro. No en vano Taiwán —bautizada como "Formosa" por los imperialistas— está muy cerca del territorio y del corazón de los chinos. En tal sentido, resultó aleccionador el ver desfilar a las 8 de la mañana en Shanghai a las milicias populares que, con sus armas al hombro, retornaban de sus ejercicios de entrenamiento.

Esa concepción antiimperialista, esa "vivenca" antiimperialista, aproxima mucho a la distancia geográfica que separa a América Latina de Asia. Emocionante resultaba ver la movilización de masas y su solidaridad en torno a la lucha librada por el pueblo japonés

**—¿Observó usted el movimiento juvenil chino?**

—Desde luego, esa fue una de nuestras preocupaciones fundamentales. Mantuvimos "juguas" entrevistas con la Federación Nacional de la Juventud China y con los dirigentes estudiantiles. Por otra parte, en cada lugar de producción y de trabajo que visitamos, pudimos conversar con los dirigentes juveniles que en dichos lugares trabajan. Esa diversidad de contactos me permite sostener una clara conclusión: que existe una madurez política de la juventud china, que su aporte es inestimable en la construcción de su patria, y que su papel es de vanguardia

USINA ELECTRICA DE SHANGAI. NUESTRO REPORTEADO APARECE ENTRE LOS VISITANTES



FABRICA DE AUTOMOVILES DE CHUNG CHUN

para impulsar al pueblo a las empresas más audaces.

**—Veo que todos estos conceptos requieren un mayor desarrollo. Antes de terminar, ¿desea agregar algo más?**

—Apenas una reflexión: podrán los personeros del privilegio oponerse al ingreso de China Popular en la UN; podrán los embajadores latinoamericanos mantenerse impávidos cuando Fidel Castro reclama —haciendo honor a los pueblos de América Latina— la entrada de China en el concierto internacional de las naciones; pero hay una realidad en el mundo que escapa a cualquier votación adversa: esa realidad —que es producto de un método, de un pueblo, de una nación con concepto de patria, de las masas en movimiento—, esa realidad, Mr. Eisenhower, se llama República Popular China.

Y para quien regresa de ver tan extraordinaria experiencia le resulta imprescindible comparar con nuestra realidad circundante, porque no es cuestión ahora de quedarse aquí, en la Argentina, en una simpatía hacia China o en una brillante declaración sobre Cuba, sino que es preciso estar "aquí y ahora" para no ceder un ápice en nuestro doble esfuerzo: la lucha por la liberación nacional y la derrota de los personeros del privilegio.

tre los cuales ya se puede incluir a la Argentina). Y si se vinculan estrechamente con los sindicatos, van a ser influidos por su ideología y formas de acción, sea que tengan relaciones formales, a través de su inclusión en frentes políticos, o que las relaciones sean sólo informales. Si esto es así, conviene entonces tratar de desarrollar la relación formal, ya que ella al menos permite sistematizar y controlar el proceso de influencias mutuas.

En países de menos marcado desarrollo industrial, en cambio, la situación es distinta y ahí pueden operarse y ser eficientes otras formas de acción política.

Volviendo al caso argentino, en él la formación de un Frente político y electoral entre varias organizaciones debe ser la primera etapa hacia la fusión de sus componentes en un partido único, pero federativo, donde las diversas corrientes, transformadas en corrientes internas partidarias, tengan libertad de expresión y de dimensión (dentro de ciertos límites, se entiende).

El actual Partido Socialista Argentino, según este esquema, sólo puede esperar ser el foco de nucleamiento de una tal coalición, pero no transformarse él mismo, directamente, en el futuro gran partido de la clase obrera. Pero para que esto pueda ocurrir, su estructura debe desde ya irse adecuando a su función (de lo contrario sólo será una de las sectas dentro de la futura coalición, y no el núcleo integrador).

La nueva estructura, tanto del partido-núcleo como de la futura coalición y partido federativo, debe incluir los siguientes aspectos:

a) Tener una estructura claramente federativa, basada en las unidades provinciales o en los varios organismos adheridos (culturales, sindicales, ideológicos, etc.). El liderazgo político debería ir surgiendo en cada una de estas estructuras federativas, y sufrir el mínimo de interferencias por parte de la organización centralizadora.

b) Poseer una burocracia organizativa al nivel central, con empleados y técnicos pagos, para facilitar la tarea de control central y de preparación de programas (esto, por razones financieras, sólo será posible en escala adecuada cuando se cuente con el apoyo de un fuerte número de sindicatos).

c) Permitir la expresión de puntos de vista ideológicos, en periódicos y otras formas de expresión, con la mayor libertad posible, buscando inclusive la diversidad de opiniones para asegurar que la coalición o el partido exprese la mayor parte de las opiniones prevalentes en las clases populares (sólo un enfoque simplista, o totalitario, permite creer que hay en cada materia una sola opinión legítimamente expresable por la clase popular).

d) Garantizar el funcionamiento, aparte de las varias corrientes ideológico-políticas, de grupos intelectuales orientados a la investigación y planteo de problemas de largo alcance, y que tengan una organización propia, independiente. Estos grupos inevitablemente van a chocar en algunos puntos con los enfoques prevalentes al nivel político inmediato, pero se debe garantizar su permanencia en la coalición o en el futuro partido federado.

e) Por encima de este enfoque federativo, debe existir un comando principal que imponga —sólo en el campo de las actividades políticas inmediatas— un mínimo control y coordinación, pero ese mínimo efectivamente impuesto. Para esto el comando central deberá contar con la ayuda de la burocracia partici-

ria y de los fondos manejados centralmente (los cuales a su vez provendrán lógicamente de un porcentaje de los recaudados localmente, y de lo que los sindicatos y otras organizaciones semejantes puedan aportar).

Sin duda que no es fácil llegar al grado de madurez política necesaria para hacer funcionar una coalición de este tipo, y sobre todo para hacerla pasar de coalición a una verdadera fusión en el seno de un partido obrero único, federativo (del cual eventualmente podrían quedar excluidos, en esa etapa, algunos sectores particularmente sectarios o particularmente interesados en mantener su propia organización para propósitos ajenos al interés de la clase obrera argentina).

Sin embargo, a pesar de la dificultad de llegar a este tipo de expresión política, creo que ella es la única que hará posible la transformación del socialismo en una fuerza real en el país. En otros países de menor grado de desarrollo social y económico, las formas políticas adecuadas serán quizás distintas, implicando fundamentalmente un sistema político más autoritario, más centralista y vertical. Pero la Argentina ya ha pasado la etapa de evolución histórica en que ello era posible y eficiente. No queda más remedio, ahora, que ir hacia adelante para tratar de hacer posible el nuevo tipo de organización.

#### ¿UTOPIA O POSIBILIDAD REAL?

¿Es todo esto una mera utopía, o constituye una posibilidad real? Creo que es una vía política posible, incluso probable, pero con las siguientes aclaraciones:

1) La formación de un Frente Obrero del tipo mencionado no es cosa inmediata, sino que sólo puede resultar después de un proceso de elaboración de ideas, de experiencias, de intentos fallidos, y de frustraciones que no puede durar menos de cinco o seis años.

2) En ese período la situación del país irá cambiando, y posiblemente la represión política del peronismo y del comunismo se aminore considerablemente o se elimine (tanto la experiencia chilena como la brasileña pueden hacer esperar este tipo de desarrollo). Esto se deberá a parte a que el peronismo, en ese lapso, casi seguramente abandonará sus intentos de acción insurreccional.

3) Las vías de acción política de este Frente no serán de tipo revolucionario (entendiendo la palabra en su sentido estricto, insurreccional, armado) sino de tipo reformista (nuevamente, entendiendo la palabra en lo que se refiere a los métodos usados y no a sus fines). O sea, se usará el voto, la agitación de la opinión pública, las manifestaciones públicas, la huelga, la acción cultural, y finalmente, la amenaza pendiente de acción subversiva que está detrás de todo movimiento popular masivo que fuera obstaculizado excesivamente en su avance. Los varios grupos que integren el Frente posiblemente tendrán diferentes apreciaciones al respecto, y sin duda usarán muy abundantemente la fraseología revolucionaria, pero lo más probable es que su acción sea de este tipo. Las condiciones del país, ya bastante industrializado y estable, son las que hacen prever este curso de desarrollo.

La discusión abierta de estas posibilidades —no tomadas como simples expresiones de preferencias personales, sino como una combinación de esas preferencias con otras tendencias dadas en buena medida por las compulsiones estructurales de nuestra sociedad— es la difícil tarea que la izquierda en la Argentina deberá irse planteando en los próximos años.

Diego G. Altamira

# ESQUEMAS POLITICOS

El marxismo no es una teoría cerrada en cuyos dogmas pueda buscarse una solución pre-determinada para cada coyuntura política o social. Es fundamentalmente un método de interpretación histórica y de acción política, siempre abierto y en proceso de enriquecimiento para interpretar y captar las realidades históricas, siempre distintas y cambiantes.

Para determinar la justa política a seguir en la República Argentina, es necesario partir de una comprensión marxista, de la realidad nacional. Las experiencias extrañas, por aleccionadoras que sean, no pueden ser trasplantadas a la realidad nacional, en forma mecánica. Es imprescindible crear una política propia para la República Argentina, eludiendo imitaciones peligrosas.

La Argentina es un país sometido al imperialismo, subdesarrollado, de economía y de psicología deformada por la acción de la oligarquía y del capital extranjero. Tiene ello en común con todos los países de Latinoamérica, en primer lugar y con todas las zonas subdesarrolladas del mundo. Ello no implica que pueda trasladarse a la Argentina, mecánicamente, cualquier experiencia revolucionaria realizada victoriosamente en cualquier otro país subdesarrollado. La Argentina, a diferencia de otras zonas, la del Caribe, por ejemplo, ostenta al lado de sus formas económicas semifeudales, sobre todo en lo que hace a la economía agraria, brotes de capitalismo comercial e industrial nacional altamente desarrollados. El imperialismo deformante, a pesar suyo no ha dejado tampoco de desarrollar algunas formas capitalistas modernas. El país tiene una vastísima clase media, que debe ser tenida en cuenta en todo experimento político-social y un proletariado, en algunas zonas del país, altamente desarrollado. El nivel de vida medio en la Argentina, aunque deprimido por las contradicciones de la estructura económica del país y por la política de "austeridad" y de entrega de las clases dominantes, es superior, aún en sus zonas marginales, al del resto de los países americanos del sur, y muy superior al de la zona del Caribe. Ello influye poderosamente en su voluntad y en su capacidad para la lucha, por lo menos para la lucha inmediata. El hombre medio argentino comprende el fenómeno imperialista o por lo menos lo presiente, quiere superar la actual situación nacional, aspira a un mayor bien-

estar y a una mayor justicia y libertad, pero no parece dispuesto a lanzarse a la acción directa inmediata, por ahora al menos. La propaganda sistemática realizada por la gran burguesía y por el capital extranjero y los resortes automáticos de alineación que caracterizan a la sociedad contemporánea, tanto más efectivos cuanto más al alcance del pueblo se pone la prensa burguesa, la radio, la televisión, el cine, anublan y confunden la conciencia del pueblo. Los procesos misticadores que la burguesía ha utilizado, engendrando en la clase obrera sucesivos mitos —irigoyenismo, peronismo, frondizismo, etc.— han contribuido también poderosamente a esa deformación de la conciencia colectiva en general y de la conciencia de la clase obrera en particular.

La burguesía nacional en esta segunda mitad del siglo XX caracterizada por la integración mundial del capitalismo en torno a un solo centro rector, carece ya de posibilidades de desarrollo independiente y solo crecerá en la medida en que lo haga dentro de los márgenes que le señale el gran capital internacional. La tarea de empujar el desenvolvimiento armónico del país hasta expulsar la presencia del imperialismo, liquidar a la oligarquía y poner al servicio del progreso colectivo todas las posibilidades materiales del país, no puede ser realizada ni promovida por la burguesía nacional. Esa tarea corresponde a las masas populares, bajo la conducción de la clase obrera. La lucha por la liberación nacional, en las actuales circunstancias del mundo, sólo puede planificarse y realizarse como una etapa dialécticamente dada, dentro del proceso de superación socialista del régimen capitalista, como primer paso orientado hacia el socialismo. Los viejos esquemas stalinistas de la etapa previa de la revolución democrático-burguesa, han caducado.

Esta política generalmente válida para todos los países subdesarrollados, debe realizarse en la Argentina, partiendo de su realidad, de su composición social y de sus características psicológicas.

En la Argentina es necesario movilizar todas las fuerzas populares, obreras, campesinas, y de la clase media y aún algunos sectores de la burguesía menos ligados al capital imperialista. No puede pensarse en movilizarlas para una acción directa de tipo insurreccional, ni bajo consignas exclusivamente proletarias. Pero es-

te movimiento debe ser, el curso del proceso, controlado cada vez más por la clase obrera esclarecida, objetivada en su vanguardia, en su partido y orientada cada vez más fuertemente hacia el socialismo.

Deben utilizarse todas las vías que la llamada legalidad ofrece, tratando de ampliarlas cada vez más, de hacerlas efectivas; para organizar el movimiento nacional y popular sin exclusivismos y sin sectarismos, que vaya enmarcando sindical y políticamente a todos los sectores de la población, partiendo de sus intereses particulares y apoyándose en aquellas grandes consignas o slogans que son aceptados ya por la mayor parte del pueblo argentino. Es función del partido ir radicalizando sobre la marcha, cada vez más, el movimiento y procurando clarificar cada vez más los objetivos y los programas. Debe al mismo tiempo tratar de ganar progresivamente el contralor de todo el movimiento nacional y popular.

Pero debe tener en cuenta que la mayor parte del pueblo y aún de la clase obrera, no sólo no es socialista, sino que, subjetivamente, se siente anti-socialista. Debe tenerse en cuenta que la mayor parte de la clase obrera es aún peronista o espera del peronismo la solución inmediata de sus más urgentes necesidades.

La actitud del partido, sobre todo en la primera etapa del movimiento que apenas se inicia, no puede ser otra que la de acompañar firmemente todos los movimientos de resistencia al imperialismo, de lucha contra la oligarquía y por mejoras inmediatas, con absoluta lealtad. Y realizar frente a los sectores no socialistas y especialmente peronistas, una levantada crítica fraternal, que permita ir destruyendo mitos y forjando una auténtica conciencia proletaria. Ello implica un análisis del peronismo que rehuya a la vez su subvaloración despectiva y su idealización. Es necesario comprender su esencia anti-imperialista y anti-oligárquica, su capacidad para la acción y a la vez su confusión ideológica que hizo apta a esa masa para ser mediatizada y utilizada por fines no proletarios y aun contrarrevolucionarios.

El partido obrero debe aspirar a convertirse así en el guión del movimiento popular y nacional de liberación, para orientarlo cada vez más hacia el socialismo integral.

Para ello el partido debe procurar armarse de una clara teoría marxista y de una clara comprensión de la realidad concreta de la nación. Debe internamente pues, tender a ser una organización monolíticamente organizada y orientada hacia y para la revolución socialista, objetivo final de su acción, procurando agrupar en sus filas a los elementos más esclarecidos de la clase obrera y sólo a los intelectuales que acrediten clara conciencia revolucionaria.

Debe tratar de establecer vínculos cada vez más sólidos con toda la clase obrera, por organizaciones colaterales, por la presencia y la acción de los afiliados en los sindicatos y por su apoyo sin reservas a todas las luchas sindi-

cales, tratando a la vez de orientar a la clase obrera en todas sus acciones y de recibir de ella permanente inspiración.

Pero el Partido, en un país donde el campesinado y las clases medias forman en conjunto la mayoría de la población y cumplen importantes funciones sociales, debe tener en cuenta esas clases y tratar también, agitando sus necesidades y aspiraciones concretas y tratando de penetrar en sus organizaciones, de ligarse profundamente a esas clases.

El partido debe ser monolíticamente orientado internamente y debe al mismo tiempo ser ágil, dúctil, elástico y comprensivo en sus relaciones con los sectores menos esclarecidos de la clase obrera y con todo el campesinado y el pueblo en general, eludiendo estrellarse de frente contra sus prejuicios, creencias y mitos y procurando demolerlos, en lo que tengan de falsos o de reaccionarios, por una larga y paciente labor de crítica y educación fraternal. Debe también utilizar todas las creencias y todos los mitos que en alguna medida puedan ser motor o impulso de una acción revolucionaria. Debe tratar de entroncar con todas las tradiciones nacionales de lucha y de acción popular.

Debe el partido para ello, eludir a la vez el extranjerismo infantil a lo Blanqui que olvidando la realidad psicológica y económica del país y hasta su geografía se vuelca a la realización de acciones insurreccionales populares y de guerrillas y el extremismo sectario de quienes creen que el partido debe encerrarse en sus postulados teóricos y procurar ir ganando para ellos, prescindiendo del movimiento creciente de las masas populares, a los sectores de vanguardia y a la clase obrera en general, hasta tener en sus filas y en torno así, firmemente dispuestos a batirse por el socialismo, a todos los trabajadores argentinos. Debe huir también a la vez de la idealización e imitación de las experiencias extranjeras y del peligroso olvido de quienes ignoran que Argentina es un trozo del mundo y sobre todo de América. Debe rechazar por falsas, a la vez, las posiciones de quienes creen en la necesidad irremediable de que el país realice la revolución democrática burguesa, integralmente, bajo la conducción de la burguesía y el apoyo del proletariado, y de quienes creen que el país está ya maduro para la realización del socialismo y consideran que el papel del partido debe concretarse a educar y organizar el proletariado para la revolución social.

Es en contacto con todo el pueblo, encarando todos los problemas concretos que el país tiene planteados, actuando con el país real, impulsando el movimiento nacional antimperialista y antioligárquico, con todos sus aspectos, sobre la marcha y en permanente acción, que el partido crecerá, ganará cada vez más apoyo de la clase obrera y del pueblo, esclarecerá la conciencia de la clase obrera y llegará a convertirse en el instrumento conductor de la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista.

# NORTEAMERICA

## una economía para la guerra en tiempos de paz

por  
**Ben B.  
Seligman**

Deslumbrados por la manera como la economía americana manejó exitosamente tres retracciones de potguerra, muchos observadores han inferido que la prosperidad es ahora algo rutinario y normal inherente al sistema. La economía no sólo ha llegado a ser menos susceptible, dicen, al tipo de cataclismo ocurrido en la década del treinta, sino que puede ocurrir que el ciclo económico mismo lo haya suprimido, por lo menos para nuestra propia generación. Señalan el supuesto hecho de que la fuerza acumulativa descendente de una retracción fue detenida una y otra vez por una batería de mecanismos estabilizadores, que sostuvieron la demanda en diferentes partes de la economía. Impuestos progresivos a las rentas, seguros de desempleo, inversiones de capital de alto nivel, convenios nacionales de trabajo, todo ha contribuido aparentemente a llevar las cosas a ritmo acelerado.

Todo esto sugiere a los nuevos optimistas que la economía afluente de la década del 50 era de calidad totalmente diferente a la economía de la década del 30 y del 40, y que la del 60, continuará en la tendencia ascendente establecida después de Corea. La capacidad de producción y la posibilidad de la economía para mantener un flujo de mer-

caderías y servicios, sobrepasa doblemente el nivel de 1929 y el gobierno es más consciente de la necesidad de intervenir en todos los acontecimientos económicos que amenazan con empeorarse.

Con la guerra de Corea se produjo un resurgimiento del consumo privado, que inició una agitada pero sana competencia por las mercaderías por parte del comercio y los consumidores. Hubo también un programa de consumo gradual y firme para necesidades de guerra que amenazó con provocar otro golpe inflacionario. Alrededor de 1951, a pesar de la movilización los precios se elevaron, debido quizás tanto al aprovisionamiento excesivo de los consumidores como al de los comerciantes. Cuando en 1953 la economía empezó a contraerse, se pensó que la demanda de edificación y de bienes durables se vendría completamente abajo. Sin embargo, las inversiones comerciales continuaron firmes y, gracias a que el gobierno prestó su apoyo por medio de garantías hipotecarias, la edificación siguió levantándose activamente. Se agregó a esto una expansión sin precedentes en las inversiones comerciales de capital, otra vez estimuladas por el fuerte programa de impuestos aplicado por el gobierno, que produjo una rápida depre-

ciación y alentó a los hombres de negocios a gastar tanto como pudieran.

Este era el cuadro visto por casi todos los economistas. Sin embargo, virtualmente en todos los análisis que yo he examinado se da poca importancia a los enormes gastos hechos por el gobierno federal, para la defensa y otras necesidades de la guerra fría. Desde la guerra de Corea los así llamados gastos de defensa nacional han llegado a ser aproximadamente el 10 por ciento del producto nacional bruto (P.N.B.) y hoy los gastos se han igualado con las inversiones comerciales como el factor más importante para mantener la economía en un alto nivel de afluencia. Quizás la mejor manera de demostrar el impacto de la defensa nacional en la economía sería presentar los datos estadísticos correspondientes al período comprendido entre los años 1947 a 1958.

Un rápido examen revela que, en tanto que el PNB aumentó en este período de once años casi un 89% y los gastos comerciales alrededor del 26%, los gastos federales aumentaron casi un 235%. El aumento de los costos para la defensa nacional creció aún más, alcanzando un nivel de 290% comparado con el de 1947. Estas cifras están dadas sobre la base del dólar corriente, pero incluso si las reducimos a dólares constantes (de 1954), para eliminar el impacto de la elevación de los precios, el aumento es aún enorme. Con la reducción a dólares constantes el PNB aumentó el 41% mientras que los gastos federales se duplicaron, y la parte correspondiente a defensa nacional aumentó 166%.

Sin embargo, durante este período de once años las inversiones comerciales, de cualquier manera que sean computadas, es decir, sobre la base del dólar constante o del dólar corriente, no aumentaron mucho en sentido relativo. La proporción entre inversiones comerciales y PNB, en realidad disminuyó. Aun en dólares constantes, hubo una disminución de las inversiones del 4,5% en 1958 sobre la de 1947.

Puede decirse que es justificado tomar como fecha terminal a 1958, porque si tomáramos a 1957, las inversiones comerciales en dólares constantes mostrarían un aumento del 25% en esta década. Sin embargo, la disminución de alrededor de 20 mil millones de dólares, en los gastos comerciales, en 1958 no pareció haber afectado apreciablemente el aumento del PNB. Crece la sospecha de que las inversiones comerciales pueden haber sido desplazadas por los gastos del gobierno, especialmente hacia necesidades de guerra, como el primer motor de la economía americana.

Por supuesto, este no ha sido siempre el caso. Durante el siglo XIX y antes de la primera guerra mundial, los gastos federales eran una porción minúscula del total. Pero, con cada guerra, la responsabilidad del gobierno en el aumento del presupuesto nacional creció aceleradamente. Durante el siglo XIX los gastos federales aumentaron desde 10 millones de dólares por año, aproximadamente, hasta casi 400 millones de dólares en 1900. La guerra de 1812 y la guerra civil aumentaron los gastos federales en alrededor del 150% y del 230% respectivamente, no sólo durante la etapa de los conflictos, sino permanentemente. Después de la primera guerra mundial hubo un aumento del 260%, pero en ninguna época antes de ahora los gastos militares constituyeron una parte tan importante del flujo total de mercaderías y servicios. En verdad, durante la primera guerra mundial, los gastos en armas y en personal militar constituyeron el 16% del producto nacional, pero disminuyeron rápidamente a menos del 1%. La cifra actual del 10%, sin embargo, promete transformarse en el nivel normal. La responsabilidad militar en esta parte del PNB es ahora diez veces mayor que en la década del 30, y más de 20 veces mayor que en el siglo XIX.

Varios economistas han argumentado que un programa tan vago no constituye realmente un drenaje en el total de nuestros

recursos, ya que algunos de los materiales y personal utilizados por el poder militar, habrían quedado de todos modos sin utilizar. Además, ellos dicen que el cambio de sectores de poco valor como los productos de granja a productos de alto valor como las máquinas electrónicas, de fotografía aérea, ayuda a aumentar el presupuesto nacional, y que nuestra economía sólo podrá ser próspera cuando nos preparemos a impulsarla adelante todo lo que podamos.

Quizás los faraones del antiguo Egipto no estaban tan equivocados cuando construyeron pirámides, ni lo estaba John Maynard Keynes cuando sugirió que se enterraran libros esterlinos en botellas para que las desenterraran los desocupados.

No hay duda ahora de que los gastos militares han estimulado mucho el sistema económico. La economía civil crecía en una proporción del 3% por año; y los gastos militares agregaron una curva adicional de crecimiento para enfrentar las necesidades de la guerra fría. Suponiendo que la economía civil fuera casi próspera según los standards de 1930 (un PNB de 300 mil millones de dólares y 60 millones de empleados), el material militar le agregó mucha más salsa. Es decir, la guerra es buena. No pensaron los expertos que con otros objetivos y otros valores, la economía civil podría haber asimilado el PNB aumentado sin sentirse oprimida.

¿Qué pasaría si los gastos militares fueran restringidos? Cuando terminó la lucha en Corea y los gastos militares fueron reducidos en casi 10 millones de dólares en 1953-54 hubo, al mismo tiempo, un descenso agudo en la actividad económica. No fue tan significativo el monto de la reducción como el hecho de que ésta ocurriese. Es evidente que una reducción de los gastos militares en la economía actual haría descender el nivel del PNB, y en términos humanos crearía un alto grado de desempleo. Un eficaz programa de desarme sería muy importante no sólo para las industrias que están en proceso de investigación y desarrollo, como la elec-

trónica, la aérea y similares, sino también para todas las industrias periféricas que éstas utilizan. Si la economía funciona multiplicada por tres (!), como probablemente ocurre, es decir, si un dólar de inversión lleva en última instancia a tres dólares de PNB, entonces una disminución del 50% en los gastos militares (alrededor de 22 mil millones) implicaría una disminución de 66 mil millones en PNB. La ocupación plena requiere actualmente un aumento de alrededor de 15 mil millones en PNB (en precios constantes). Los proyectos públicos necesarios para reemplazar las reducciones militares sobrepasan todo lo imaginable.

¿Sería posible reemplazar los gastos militares con otros rubros? Esto, por supuesto, depende siempre del clima político interno. Pero es dudoso que los gastos generales del gobierno, servicios de veteranos, agricultura, comercio y asistencia social —que ya son tan elevados como la situación actual lo permite— puedan absorber lo que se gasta actualmente en la guerra fría. Ciertamente, en qué otra cosa se podrían gastar 40 mil millones por año si no es en presupuesto militar?

Hay personas, como Seymour Harris y James Warburg, que creen que la economía puede adaptarse a tiempos de paz si se dan ciertas condiciones políticas. Pero es razonable dudar de que la transición pueda hacerse eficazmente. La cuestión básica, como siempre, gira alrededor de nuestra posibilidad de prever y planificar los numerosos y delicados ajustes que se necesitan para mantener la economía a un alto nivel. No sólo deberemos subsanar el efecto de las reducciones de los gastos militares, al disminuir el PNB, sino que también deberemos tener en cuenta el aumento de 15 mil millones anuales en la productividad.

(1) Keynes mostró con su teoría del multiplicador cómo cada unidad de inversión (capital nuevo) producía un incremento multiplicado del ingreso que, en Estados Unidos, es cercano a tres veces. (N. del T.)

Una reducción del 10% en los gastos militares (alrededor de cuatro mil millones por año), requeriría nuevas inversiones mucho mayores que esa suma, pues la reducción de alrededor de 12 mil millones en PNB (según el efecto del multiplicador) sería virtualmente instantánea, en tanto que la iniciación de proyectos y programas de gastos para reemplazar gastos militares, demandaría mucho tiempo hasta hacer sentir sus efectos. El efecto de una reducción substancial en la esfera militar sofocaría con toda seguridad el saludable impacto de un nuevo programa de gastos. Una gran parte de los gastos militares es directa: la paga de los soldados y la burocracia del Pentágono proporcionan poder adquisitivo inmediato, mientras que los gastos destinados a puentes, caminos y edificación requieren tiempo para hacer sentir sus efectos benéficos en la economía. Admito que los gastos públicos no-militares deberían ser mucho mayores que las disminuciones en los gastos militares, para superar los obstáculos y retrasos que inevitablemente se producirán. Si se agrega a esto la necesidad de absorber los productos adicionales que pueden ser lanzados en virtud de una mayor productividad, la enormidad de la tarea se hace evidente.

Repito que es dudoso que las necesidades no militares puedan absorber el monto completo de gastos economizados por medio de un programa de desarme. Incluso un vasto esfuerzo de ayuda exterior, como el sugerido por Warburg, no implicaría más de 5 ó 10 mil millones por año. Esto aumentaría el nivel de asistencia económica que actualmente se presta a otros países. ¿Hay posibilidades de que el Congreso y la presente administración acepten este programa? Es dudoso.

En verdad, hay muchas necesidades sociales que debemos llenar. Ambos, Seymour Harris y John Kenneth Galbraith, han mostrado las deficiencias en la educación, vivienda, caminos, hospitales, servicios médicos, seguridad social, control de sani-

dad, tránsito urbano y suburbano, servicios para el empleo del tiempo libre: la lista es realmente larga. Las escuelas están repletas y los colegios ignoran de dónde sacar fondos para afrontar los gastos de la próxima década; la deficiencia de viviendas es de 750.000 unidades por año, y los ancianos son relegados como socialmente inútiles, con miserables pensiones de 70 dólares por mes. Entre las necesidades y el deseo de enfrentarlas se abre un abismo de apatía política, estupidéz administrativa e intranquilidad comercial.

Como dijo Warburg recientemente, ¿cuántos de los dirigentes de empresa que disfrutan del grueso de los contratos del gobierno han pensado qué cosas deberían producir si sobreviniera la paz? ¿Se ha desarrollado algún plan para transformar las fábricas actualmente dedicadas a la producción de guerra? ¿Qué trabajo se ha pensado dar a los que están ahora en las fuerzas armadas cuando sean dados de baja? ¿Qué se ha hecho, en resumen, para crear rápidamente los mercados necesarios para reemplazar 40 mil millones de gastos de defensa? La cuestión se reduce entonces no a si esto puede ser hecho —o sea, a si es posible una economía de evolución rápida— sino a si esto se hará —si se tiene la previsión y el buen criterio de construir una técnica social y política como para que produzca un cambio rápido de los engranajes económicos—. En el fondo es un problema de política, no de economía. Implica una forma radicalmente nueva de llevar a cabo esta tarea y una importante reestructuración del pensamiento político. Implica una nueva visión de la sociedad que tienda a intentar las medidas que provean al pueblo, sin restricciones, de los servicios públicos que le han faltado durante tanto tiempo. Implica sobre todo una redistribución de las líneas de poder; implica, si se quiere, una nueva economía política.

(Traducción del artículo "Can The U.S. Reconvert to peace?", by B. Seligman, aparecido en la revista "DISSENT", Vol. VII, Nº 1, enero de 1960, New York. — Traducido por María Luz Romero.)

# UNIDAD SINDICAL

Por OSCAR WAISS

Especial para SITUACION

La unidad sindical es la única herramienta que puede regular el proceso de una crisis revolucionaria, en que siempre existirá la interrogante de una eventual derivación caudillista o castrense. Esta eventualidad deriva fatalmente de la debilidad direccional de los partidos y movimientos revolucionarios y de la debilidad teórica y política de sus cuadros dirigentes. En esas circunstancias, el peso masivo de la clase obrera y de sus aliados (campesinos, empleados, sectores artesanales, etc.) organizada en una sola Central Sindical resulta decisivo para frenar una aventura.

Por desgracia, en el terreno específico de la unidad sindical, también estamos históricamente en retraso. Esas constantes pugnas subalternas, esos problemas de preeminencia personal y caudillista que tanto daño infieren ese prurito de magnificar insignificancias, perjudican tan seriamente las posibilidades de una ofensiva popular, que resulta necesario calar con hondura en la situación para propender a un esclarecimiento y conseguir algún avance. Mientras discutimos si son galgos o podencos, los perros de presa del imperialismo y la reacción preparan su asalto a Cuba, su represión continental y cocinan el plato picante de algún "complot rojo" en todo el continente.

## LA CONFUSION ARGENTINA

Tres agrupamientos obreros principales definen la confusión sindical en Argentina: los 32, los 62 y el MUCS.

La verdad real es que las llamadas 32 Organizaciones no son 32, pues están viviendo un proceso de desintegración que deriva de sus lazos no disimulados con sospechosos elementos pro-imperialistas como Serafino Romualdi. Mayor sinceridad y consecuencia encontramos en los 62 y el MUCS que se orientan hacia una recuperación de la antigua CGT, única salida unitaria de la actual dispersión sindical argentina.

Lo que resulta desolador es la indudable ineficacia de las direcciones políticas para cooperar a la unidad sindical. La carencia de una Central Sindical Unica es una de las razones que explican la proliferación de movimientos militaristas y la conducta entreguista del gobierno actual.

Hay que dejar en claro que la responsabilidad de esta situación recae sobre todos los sectores del movimiento obrero argentino. Los comunistas, porque mantienen imposiciones sec-

tarias, especialmente de tipo internacional; los socialistas, porque temen instintivamente una experiencia viva; los peronistas, porque no definen su derrotero histórico.

Lo que constituye un elemento diferencial en esta situación es la existencia de un sector peronista mayoritario en el movimiento sindical, que está huérfano de una orientación política. El peronismo sindical es una expresión *sui generis* de las tendencias filo-populares que representaron una fase característica de la inquietud revolucionaria latinoamericana y que, actualmente, hacen crisis ostensible. Para nadie es un misterio que movimientos similares en otros países del continente se están escindiendo, para dar vida a tendencias más definidas y de clara orientación marxista revolucionaria. El peronismo argentino no constituye una excepción y en su seno se incuban fracciones que tienden a ubicarse desde un punto de vista de clase. Facilitar este proceso es un deber ineludible para los conductores conscientes del movimiento obrero.

## LA ALTERNATIVA URUGUAYA

Uruguay representa una alternativa diferente; para el pueblo oriental no existe la variante del peronismo. Solamente dos fuerzas políticas con influencia en la clase obrera pueden determinar el rumbo de los trabajadores de ese país: socialistas y comunistas. Sin embargo, desde hace varios años, la unidad sindical no pasa de ser un deseo que no logra concretarse.

Hay que señalar que caracteriza al movimiento obrero uruguayo el apoliticismo de los dirigentes sindicales. En Uruguay, un dirigente sindical, aunque milita en el partido socialista o en el partido comunista, no puede llevar al sindicato la orientación o las instrucciones de su partido, porque ello le representaría de inmediato el repudio de las bases. Esta circunstancia no puede ser ignorada en el análisis de las dificultades que han impedido, hasta hoy, que el Comité Unitario más o menos permanente, logre transformarse en una verdadera Central Sindical.

Los socialistas señalan como obstáculos esenciales para la unidad dos hechos: a) la exigencia comunista de afiliación a la Federación Sindical Mundial y b) la oposición socialista a que existan dirigentes sindicales rentados.

El primer problema parece tener una solución fácil. La Confederación Obrera Boliviana y la Central Unica de Trabajadores de Chile han mantenido el principio de independencia de toda central sindical mundial sin que ello haya sido resistido por los comunistas. Una discusión profundizada y serena debería llevar a una solución expedita que eliminara este obstáculo, más aparente que real. Aunque parezca que exageramos, llegamos a pensar que se ha aumentado intencionadamente la gravedad de esta diferencia.

En cuanto a los dirigentes rentados, se trata de un problema tan pequeño, que mantenerlo como diferencia de fondo también resulta artificial.

A veces, para disimular resistencias más profundas, se recurre a pretextos que no resisten el más superficial análisis. Se suele tener miedo a la vida misma, a la experiencia concreta, y se elude su inevitable desarrollo mediante sofismas que no engañan a nadie, y mucho menos a los trabajadores. Se suele olvidar que es siempre preferible la enseñanza positiva que se obtiene a través de la lucha, que la escaramuza intrascendente que deja las cosas en su mismo sitio.

En Uruguay no puede haber unidad sindical sin un acuerdo previo de socialistas y comunistas, y, calando más hondo, no puede haber unidad política sin un acuerdo similar. Pretender que la unidad se conseguirá por intermedio de pactos con pequeños grupos sin vigencia social, es un absurdo que no resiste el menor análisis. Hablar de un entendimiento *por la base*, pasando por encima de los dirigentes, es repetir un error que la experiencia histórica ha liquidado. La Central Unica es la salida insoslayable y mientras más se retarde su formalización más se retrasará el proceso de consolidación del movimiento popular y revolucionario.

De lo expuesto fluye una consecuencia: la tarea inmediata de los dirigentes obreros orientales no es otra que la formación de la Central Unica, eliminando los obstáculos aparentes que hasta hoy han imposibilitado su nacimiento. No es el momento de paralizar la unidad sindical por recelos sectarios o cobardías políticas. La historia decidirá el camino final y, a lo mejor, este camino no encuadra en las previsiones ni de los unos ni de los otros, porque la historia es vida, y la vida es siempre imprevista. Pero cuando se enfrenta la historia con el apoyo de los sectores que representan el destino de la humanidad, toda vacilación es repudiable y cada claudicación es una cobardía.

## EL EJEMPLO CHILENO

Chile es uno de los pocos países latinoamericanos en que existe una Central Unica de Trabajadores y, pese a sus inevitables defectos, no cabe duda alguna que esta experiencia es positiva y debe anotarse en el haber del libro contable del movimiento social.

La excesiva politización de los obreros y empleados chilenos, —fenómeno contrario al que señalábamos en Uruguay— ha hecho llegar hasta la CUT a representantes de sectores políticos e ideológicos ajenos a la clase, especialmente radicales y demócrata-cristianos, lo que constituye un factor de perturbación y, potencialmente, de traición. Sin embargo, la decidida acción de los grupos mayoritarios, de clara raigambre revolucionaria, ha ido convirtiendo a la Central Unica en la herramienta más útil para la defensa de los trabajadores, arrastrando incluso a sindicatos y gremios dirigidos por elementos vacilantes, que se ven superados por el empuje y la combatividad de las bases.

Es un error común creer que, por la sola presencia de una Central Unitaria, los trabajadores están en condiciones de desafiar a la burguesía y de ganar cualquiera batalla reivindi-

cativa. Siempre es necesario un lapso más o menos amplio para que la etiqueta unitaria se convierta en una fuerza social. Esto se consigue a través de múltiples y variadas experiencias (pliegos de peticiones, huelgas parciales, paros nacionales, etc.) que le enseñan, a los dirigentes a conciliar sus antagonismos políticos, y a las bases a confiar en sus dirigentes. Este es el proceso que ha seguido la unidad sindical en Chile y sus frutos deberán madurar ahora que el ascenso popular empieza a manifestarse vigorosamente, después de muchos años de constantes retrocesos.

El reciente paro nacional del lunes 7 (1) de noviembre fue un ejemplo de esta madurez y seguridad que va alcanzando la Central Unica de Trabajadores. El paro fue más amplio y contó con mayor respaldo; la movilización paralizó totalmente, incluyendo sectores que antes no habían respondido; se obedeció, igualmente, con disciplina, la orden de regresar a las faenas, terminando con esas prolongaciones irresponsables que transforman un movimiento victorioso en una retirada vergonzante. Es decir, la directiva ha aprendido la diferencia entre un paro limitado y un paro indefinido, el que implica fatalmente la derrota o la insurrección. Y los trabajadores han aprendido a responder a las instrucciones de sus dirigentes. Y todo esto ha redundado en un vigorizamiento del espíritu combativo de las masas, que han sentido, paralelamente a su propia fuerza, el control responsable de una dirección común.

Lejos de mi ánimo idealizar a la CUT cuyas debilidades y defecto todos conocemos; pero el hecho de su existencia, la demostración empírica de que nadie se traga a nadie, la realidad de una convivencia dinámica, —por no reducir la fórmula de la *coexistencia pacífica*. . . — deben significar para el movimiento sindical de otros países un ejemplo que, si bien no debe imitarse artificialmente, debe considerarse en la búsqueda del propio camino.

## COMIENZA UNA OFENSIVA POPULAR

Después de muchos años de desconcierto, en que surgieron o proliferaron los movimientos izquierdizantes y los caudillismos chauvinistas, la revolución cubana ha dado la voz de partida a una ofensiva popular en todo el continente, cuya meta es la transformación profunda de la oprobiosa realidad económica vigente.

Para esta ofensiva es preciso conquistar la unidad sindical; y para conquistarla hay que recordar que cada minuto que pierda el proletariado es una hora que gana la burguesía. Si cada dirigente político y sindical comprende su verdadera responsabilidad y abandona la pequeña preocupación burocrática para enfrentar la tarea histórica, el momento de la liberación se aproximará y no parecerá ya un sueño futurista o una justificación verbal. Esta ofensiva puede ser la de la victoria. Cuba nos ha señalado ya el camino.

(1) N. de R. — El autor se refiere al paro realizado el mismo día en que también suspendieron sus tareas todos los trabajadores argentinos.

# Armazón de los partidos políticos

Desde que el socialismo, en Rosario, logró hace dos años separar de sus filas a gran parte de sus integrantes liberales y reformistas, a muchos afiliados al Partido Socialista Argentino les preocupa el problema ideológico, cosa muy natural por cierto en un organismo que puede considerarse nuevo en casi todos sus aspectos. A la preocupación que suscita la cuestión ideológica, se ha sumado otra: la estructura del partido.

Desde las páginas de nuestra revista se hacen conocer constantemente trabajos que en una u otra forma tratan de influir para que el socialismo argentino adopte una línea política acorde con la realidad nacional, línea que debe definirse en el Congreso que se celebrará en el mes de abril próximo. Como entendemos que una vez solucionada la cuestión ideológica —y recién entonces— debe considerarse una reforma

estatutaria para adecuar la estructura del partido a los fines que se haya fija, es necesario —indudablemente— que vayamos reuniendo elementos de juicio para cuando llegue el momento de esa reforma.

En nuestro deseo de abrir un debate de alto nivel sobre la estructura del Partido Socialista Argentino, publicamos páginas del libro de Maurice Duverger, "Los Partidos Políticos", tomadas de la edición castellana del Fondo de Cultura Económica, aparecida en 1957. No obstante haber aparecido la primera edición, en francés, en 1951, el libro conserva actualidad y es quizá el más completo sobre la materia, que puede consultarse en nuestro idioma. Extensa obra, de más 450 páginas, está dividida en dos partes: "La estructura de los partidos" y "Los sistemas de partidos", precedida de una introducción sobre "El origen de los partidos".

Lo transcrito corresponde a gran parte del capítulo I de la primera parte, titulado: "La armazón de los partidos". Como el autor, para ejemplificación de los casos que analiza, hace referencia casi exclusivamente a partidos europeos y norteamericanos, sobre los que demuestra poseer una completa información, limitamos la transcripción a los párrafos que encierran conceptos de carácter general, descontando que los que deseen más datos se remitirán al texto completo.

Así como SITUACION ha ofrecido sus páginas a todos los marxistas que quieran colocar al Partido Socialista Argentino en una auténtica posición revolucionaria, acorde con la realidad nacional, se invita ahora a los militantes a que hagan conocer sus opiniones sobre la estructura que debe adoptar el Partido.

## LOS ELEMENTOS DE BASE

Cada partido tiene su propia estructura, que no se parece casi a las demás. A pesar de todo, pueden distinguirse cuatro grandes tipos de elementos de base, a los que se pueden relacionar la mayoría de los partidos existentes: el comité, la sección, la célula y la milicia.

## EL COMITÉ

El comité se define, en primer lugar, por su carácter limitado. No reúne más que un pequeño número de miembros, sin tratar de aumentarlos. No desarrolla ninguna propaganda, con vistas a extender su reclutamiento. Además, no tiene miembros propiamente dichos, ya que este grupo limitado es también un grupo cerrado; no entra quien quiere; no se penetra allí sino mediante una especie de cooptación tácita, o mediante una designación formal. A pesar de esta escasez numérica, el comité puede disponer, sin embargo, de un gran poder. Su fuerza no descansa, en efecto, en la cantidad de miembros, sino en su calidad. Constituye

ye una agrupación de notables, escogidos por su influencia.

El comité funciona en una zona geográfica bastante grande, que corresponde generalmente a la circunscripción electoral principal.

Los comités constituyen un tipo arcaico de estructura de los partidos políticos. Forman la organización normal de los partidos en un régimen de sufragio censatario, o en un sistema de sufragio universal todavía en sus inicios. Si dejamos a un lado a los comités indirectos, en efecto, los demás reúnen a las élites sociales tradicionales: por su composición y su estructura (débil organización colectiva, predominancia de las consideraciones individuales) traducen la influencia de la gran burguesía o de la pequeña. Para hablar el idioma marxista, son la expresión política normal de la clase burguesa.

El advenimiento del sufragio universal no entrañó la desaparición inmediata del sistema de comités en todos los países. Mientras las masas populares no han podido crear por sí mismas sus propias organizaciones (sindicales o políticas) han actuado en los marcos ante-

riosos. Los comités han buscado, pues, el medio de influirlos, especialmente multiplicando los agentes electorales. Esto traduce un esfuerzo, a veces inconsciente, de imponer a las masas populares estructuras antiguas, para mantenerlas en un papel pasivo a pesar del sufragio universal, para limitar las consecuencias políticas de este último.

## LA SECCION

El término "sección" designa, en sí, a un elemento de base menos descentralizado que el comité: una sección no es más que una parte de un todo, cuya existencia separada no es concebible; la palabra comité, por lo contrario, evoca una realidad autónoma, que puede vivir aislada. De hecho, veremos que los partidos fundados en secciones son más centralizados que los partidos fundados en comités. Pero la originalidad profunda de la sección está en su estructura y no en su articulación con las demás secciones. A este respecto, podemos definir la sección oponiéndola, rasgo por rasgo, al comité. Este presenta un carácter restringido, aquella un carácter amplio: la sección trata de buscar miembros, de multiplicar su número, de engrasar sus efectivos. No desdén la calidad; pero la cantidad le importa antes que nada. El comité constituía un grupo cerrado, que no se entra más que por cooptación o delegación; la sección está ampliamente abierta. Prácticamente, para penetrar en ella, es bastante con desearlo. Desde luego, la mayoría de los partidos establecen reglas de patronato, definen las condiciones de adhesión, como veremos más adelante; pero éstas son casi siempre teóricas, al menos en el sistema de la sección (es menos cierto para el sistema de las células). El comité reunía solamente notables seleccionados por su influencia; la sección apela a las masas.

Trata, además, de guardar contacto con ellas; de ahí su base geográfica, a menudo más limitada que la del comité.

La selección de la sección por los partidos socialistas era perfectamente natural. Fueron los primeros en tratar de organizar a las masas, de darles una educación política y de sacar de su seno "élites" populares. La sección correspondía a esta triple exigencia. Frente al comité, órgano de expresión política de la burguesía, aparecía como el órgano normal de expresión política de las masas. Pero no todas estas masas aceptaban el socialismo; también diversos partidos burgueses trataron de atraerlas por los mismos métodos que daban el éxito a los partidos obreros. En muchos países, los partidos del centro e incluso de derecha transformaron así su estructura, reemplazando el comité por la sección, como elemento de base. Casi todos los partidos nuevos siguieron esta táctica, pero igualmente lo hicieron muchos partidos antiguos; ejemplo interesante de contagio de las estructuras.

No obstante, los efectos de este contagio siguen siendo limitados.

Aparte de los socialistas, los únicos que han podido hacer vivir realmente a la sección son generalmente partidos católicos o partidos de tendencia fascista. La fe religiosa en los primeros, la mística nacionalista en los segundos, han impulsado a las clases medias hacia una organización política que les repugna naturalmente. Estos dos tipos de partido se salen ampliamente, además, de las fronteras de clase, por su doctrina misma, y logran generalmente atraer hacia sí a una fracción mayor o menor de las masas obreras. Encuestas ahondadas mostrarían sin duda que las secciones con predominancia obrera lo logran más que aquellas con mayoría burguesa o campesina. El análisis de los partidos socialistas confirmaría probablemente estos resultados. En ellos se nota una degradación progresiva del sistema de la sección, que parece coincidir con su progresivo aburguesamiento. Sería interesante emprender una serie de monografías sobre la vida de una sección socialista, desde sus orígenes hasta nuestros días (desgraciadamente, los archivos casi nunca se conservan y no son suficientes). Se comprobaría, sin duda, que su actividad es mucho menor hoy. Esta degradación de la energía correspondería probablemente a una evolución en la estructura social de la sección; su carácter puramente obrero se ha ido atenuando poco a poco. Actualmente, en la mayoría de los partidos socialistas, las secciones "proletarias" parecen tener una vitalidad superior a las secciones "burguesas" o mixtas.

## LA CELULA

Dos rasgos fundamentales distinguen a la célula de la sección: la base de agrupación y el número de miembros. Como el comité, la sección descansaba en una base local; más estrecha en ésta que en aquél, pero siempre geográfica. La célula, por lo contrario, descansa en una base profesional: reúne a todos los miembros del partido que tienen un mismo lugar de trabajo. Se distinguen así células de fábrica, de taller, de tienda, de oficina, de administración. No importa el domicilio de los miembros: en las grandes ciudades, donde muchas empresas emplean asalariados que viven en las afueras, los miembros de una misma célula pueden presentar una dispersión local bastante grande. Esto es todavía más importante en algunos casos particulares, especialmente en el de las "células de a bordo" que reúnen a los marinos de un mismo navío. Sin embargo existen necesariamente células locales junto a las células de empresas, bien para reunir a obreros aislados, bien para agrupar a los miembros del partido que no trabajan en una colectividad: artesanos, médicos, abogados, comerciantes e industriales, agricultores. La célula local se parece a la sección a causa de su base geográfica. Se distingue de ella, generalmente,

por su carácter más estrecho de ésta última: en vez de secciones comunales, encontramos de aldea o de caserío, cédulas de barrios, cédulas de calles, cédulas de inmuebles (en las ciudades con grandes unidades de habitación). Pero las cédulas locales conservan siempre un carácter subsidiario: la verdadera célula es la célula de empresa, que reúne a los miembros del partido en el lugar mismo de su trabajo.

Por el número de sus miembros, por otra parte, la célula es un grupo mucho más pequeño que la sección. En una localidad media, una sección pasa normalmente de los cien miembros. Se cuentan frecuentemente secciones de varios cientos de miembros, y de varios miles. La célula, por lo contrario, no debe alcanzar el centenar.

La naturaleza y la dimensión de la célula le dan un poder sobre sus miembros mucho mayor que el de la sección. Se trata, en primer lugar, de un grupo absolutamente permanente, puesto que está formado en el lugar mismo del trabajo, donde se encuentran cotidianamente los miembros del partido. Fuera de las reuniones propiamente dichas, el contacto entre sus miembros es constante. A la entrada o a la salida del trabajo, el secretario puede fácilmente difundir las consignas, repartir las tareas, controlar las actividades de cada cual. Acción tanto más fuerte cuanto que el número medio de miembros es poco elevado: en una sección de varios centenares de miembros, los dirigentes no pueden ni conocer personalmente a cada uno, ni mantener un contacto continuado con todos. En una célula de 15 a 20 miembros, esto no presenta dificultades particulares. Resulta también que los miembros de las células se conocen bien, y que la solidaridad hacia el partido es más fuerte.

La naturaleza profesional la aumenta todavía más, al darle una base concreta y directa: los problemas de la empresa, las condiciones de trabajo, los salarios, son un punto de partida excelente para una educación política sólida. Desde luego, esto implica un peligro: que la célula se absorba enteramente en las reivindicaciones profesionales y olvide las cuestiones puramente políticas, es decir, que haga el trabajo normal de un sindicato. Esta desviación "económica" constituye la tentación permanente de las células.

Son necesarios muchos esfuerzos para no caer en ella. Pero, en la medida en que se consigue evitarla, qué admirable base para la formación política de las masas! La dificultad mayor a este respecto se encuentra en la separación inevitable entre los principios y su aplicación cotidiana. Si se presentan a las masas populares ideas generales, incluso muy seductoras, sin mostrarles las consecuencias directas, éstas se desentienden pronto de ellas. Para las masas, en efecto, la política no es un lujo, a diferencia de una gran parte de la burguesía, sobre todo en los países latinos que aman las ideas por las ideas. Ahora bien, el

grupo local en el marco de la sección no es favorable a esta relación de los principios con las realidades cotidianas: la política general tiene pocos lazos directos con el establecimiento de drenajes, el mantenimiento de caminos vecinales o las querellas de personas. Tiene estrechos lazos, por lo contrario, con el monto de los salarios, la estabilidad de la ocupación, las condiciones de trabajo, la organización de la empresa. Estos lazos son todavía más estrechos si el partido profesa la doctrina marxista, para la cual la política no es más que una superestructura de la economía. Si hace un esfuerzo constante por relacionar cada reivindicación particular con un principio general, para relacionar cada problema especial con la totalidad de su política, para colocar cada cuestión de detalle en el marco de su doctrina, dará a sus miembros una formación de una solidez sin igual; Tendrá sobre ellos un dominio incomparable.

Desde luego, el alcance de este análisis es limitado. Es válido, sobre todo, para los partidos obreros; para los demás, el marco de la célula debilitará la formación política y el apego al partido, en vez de reforzarlos. La mentalidad obrera (en Europa) considera las condiciones del trabajo y de la vida profesional como el resultado de una acción colectiva, de naturaleza política, por que ella no ha tenido éxito efectivo en la obtención de mejoras más que por una acción colectiva, de naturaleza generalmente política. La burguesía, por lo contrario, las clases medias y el campesinado tienen tendencia a considerar el trabajo y la vida profesional como asunto privado, porque su progreso resulta esencialmente de un esfuerzo individual y personal (la clase obrera norteamericana participa del mismo punto de vista); la evolución económica, que lleva claramente al "dirigismo", no ha modificado todavía profundamente esa actitud, precisamente porque las clases medias y el campesinado se niegan a admitirlo. Para los partidos obreros mismos, los problemas del trabajo no son la única base de la vida política. Muchos otros factores entran en juego y, especialmente la pasión, la mística y la fe.

A pesar de todo, el marco de la célula sigue siendo muy sólido, tanto más cuanto que también permite relacionar a la marcha de la empresa los problemas políticos en apariencia más alejados de la vida profesional: permite, por ejemplo, la huelga política, bien directamente, bien a través del control de los sindicatos.

Observemos, finalmente, que la célula conviene perfectamente a la acción clandestina. La sección se presta mal a ella, ya que allí se tropieza con mayores dificultades para la acción secreta: la convocación de cada miembro y la selección de un lugar de reunión. En la célula, estas dificultades pueden fácilmente superarse. Puesto que los miembros se encuentran todos los días, en el lugar de trabajo,

es fácil establecer contacto con ellos en todo momento y casi nunca es necesario reunirlos en grupo. Pueden hacerse circular fácilmente consignas, organizarse pequeños conciliábulos a la entrada y a la salida de las empresas: basta con multiplicar las células, dando a cada una muy pequeñas dimensiones. Esta adaptación de la célula a la acción clandestina es completamente natural, ya que la célula ha sido creada precisamente para la acción clandestina.

A diferencia de la sección, la célula no ha sido objeto de imitaciones, al menos de imitaciones logradas. El fenómeno merece algunas explicaciones. Se comprende que los partidos "burgueses" puedan adoptar difícilmente el marco celular: no pueden agruparse sobre la base de células de empresas a comerciantes, industriales, médicos, propietarios rurales. Las células podrían reunir sólo a los empleados, funcionarios, ingenieros. Nunca tendrían más que un lugar muy pequeño en el conjunto del partido. Pero el argumento no es válido para los partidos socialistas. ¿Por qué no han adoptado estos una estructura mucho más eficaz que su sistema de sección para la organización de sus miembros? La oposición de los sindicatos (en Europa) ha sido, sin duda, determinante; han visto en la célula de empresa una rival peligrosa. En los Partidos socialistas "indirectos", la cuestión de las células no podía ni siquiera plantearse. En los demás, los lazos de hecho con el sindicalismo conducían a responder negativamente. No debe olvidarse que alrededor de 1930, cuando empezó a manifestarse la eficacia de las células, los socialistas tenían el apoyo de la mayoría de los miembros de las grandes centrales sindicales, en la mayoría de los países.

La sección no permite más que una organización relajada, superficial, intermitente; la célula, por el contrario, a causa de sus dimensiones y de su permanencia, asegura una organización regular, apretada, profunda. Que el trabajo de células disgusta a muchos miembros que prefieren los parloteos de las secciones, es cierto, pero son precisamente los menos buenos, los menos sinceros, los menos sólidos. Los demás encuentran, por el contrario, en la célula un medio de acción inmediata, precisa y seria, al mismo tiempo que un centro de formación. Pero se observará que tiene como consecuencia desplazar el centro de la acción política. El comité es esencialmente un organismo electoral y parlamentario, un instrumento adaptado a la conquista de los electores y a la presión sobre los elegidos; permite organizar un escrutinio y poner a los ciudadanos en contacto con su diputado. En la sección, este carácter se atenúa ya sensiblemente: sus reuniones permiten una educación de los miembros. No busca sólo obtener éxitos electorales, sino dar a sus miembros una formación política y constituir así una élite salida directamente de las masas y capaz de actuar en su nombre. A pesar de todo, las preocupaciones electorales y

parlamentarias siguen siendo predominantes. En la célula, por el contrario, se hacen absolutamente secundarias. Por su marco y sus dimensiones, la célula no es un instrumento adaptado a la lucha electoral; no coincide ya con una circunscripción o con una subdivisión de circunscripción; está concebida para la acción en el seno de una empresa y no para la participación en un escrutinio político. Ciertamente, la agitación llevada a cabo en las células puede servir a las campañas electorales, pero de una manera indirecta y desviada; éstas deben ser conducidas por otros organismos.

La selección de la célula como base de organización entraña, pues, una evolución profunda en la noción misma del partido político. En lugar de un órgano destinado a la conquista de sufragios, a relacionar a los elegidos y a mantener el contacto entre éstos y los electores, se convierte en instrumento de agitación, de propaganda, de organización, y eventualmente de acción clandestina, para quien las elecciones y los debates parlamentarios no son más que un medio de acción entre otros, e incluso un medio secundario. No podría subrayarse demasiado la importancia de esta transformación; *marca (en la misma) una ruptura* entre el régimen político y los órganos que ha engendrado para asegurar su funcionamiento.

El advenimiento del sufragio universal y de la democracia parlamentaria provocó el nacimiento de los partidos políticos; pero la evolución misma de los partidos políticos ha dado a algunos de ellos una estructura que los separa de las elecciones y del Parlamento. El sistema de las células no es más que un aspecto menor de ese fenómeno: se encontrarán otros más graves.

## LA MILICIA.

La ruptura entre los partidos políticos y la acción electoral y parlamentaria es todavía más clara en los que han tomado como base la milicia: especie de ejército privado, cuyos miembros están organizados militarmente, sometidos a la misma disciplina y al mismo entrenamiento que los soldados, revestidos como ellos de uniformes e insignias, capaces como ellos de desfilar en orden armónico, precedidos de música y banderas, aptos como ellos para combatir a un adversario por las armas y la lucha física. Pero sus miembros siguen siendo civiles; salvo excepción no son movilizados permanentemente ni mantenidos por la organización: sólo están sujetos a reuniones y ejercicios muy frecuentes. Deben estar listos siempre para estar a la disposición de sus jefes. Se distinguen entre ellos dos categorías: unos constituyen una especie de ejército activo y otros una simple "reserva".

La milicia es una creación fascista. Corresponde, en primer lugar, a la doctrina del fascismo, a esa mezcla de Sorel, de Maurras y de Pareto, que afirma el predominio de las élites de las minorías actuantes, y la necesidad de la

violencia para permitirles conquistar y conservar el poder: la milicia organiza esas minorías y les da los medios de acción violenta. Se explica también por la estructura social del fascismo, instrumento de la burguesía y de las clases medias para impedir el dominio de las clases populares, oponiendo la fuerza de las armas al poder de las masas. Depende igualmente del contexto histórico del fascismo: en medio del desorden y de la anarquía italiana, en 1920, los "haces" restablecieron un orden brutal, pero inmediato y visible supliendo la falta de gobierno; igualmente, Las Secciones de Asalto arrebataron a las masas comunistas y socialistas el dominio de la calle, al mismo tiempo que despertaban la esperanza de un ejército reconstruido en la Alemania de Weimar, vencida pero militarista.

## ENLACES VERTICALES Y ENLACES HORIZONTALES

Por importante que sea, la distinción de la articulación fuerte y la articulación débil sigue siendo insuficiente. Da sólo un primer esquema de clasificación, una primera base de orientación, muy aproximativa. Para precisar hay que determinar el sentido de la articulación, lo que conduce a oponer, por una parte, los enlaces verticales a los enlaces horizontales y, por otra, la centralización a la descentralización.

La noción de enlace vertical no es nueva. Si el Partido Comunista la ha llevado a un gran nivel de perfección, no la ha inventado. En un sentido general, se llama enlace vertical al que une a dos organismos subordinados uno a otro: una sección comunal y una federación provincial, por ejemplo, una federación provincial y el comité central. Se considera horizontal, por el contrario, un enlace entre dos organismos colocados en el mismo nivel. Un sistema de enlaces verticales consiste en no admitir en un partido más que el primer tipo, con exclusión del segundo. Se llega en esa forma a establecer compartimientos rigurosos; los grupos de un mismo escalón no pueden comunicarse entre sí más que a través de la cima. Esto supone dos cosas; la ausencia de todo enlace horizontal directo y el empleo de la delegación para componer las "instancias superiores". Supongamos que dos secciones comunales no tengan derecho a establecer lazos horizontales directos; si el congreso federal está compuesto por el conjunto de miembros de las secciones locales, las que consideramos que podrán entrar en contacto en el seno de ese congreso; aparecerá un enlace horizontal indirecto. Si, por el contrario, sólo los delegados de las secciones provistos debidamente de un mandato, tienen acceso al congreso, no existirá ningún contacto entre las secciones propiamente dichas.

El Partido Comunista es el mejor ejemplo de un sistema riguroso y coherente de enlaces verticales. Las células no se comunican entre sí sino a través de la sección, que constituye el escalón superior. La sección está compuesta por

delegados de las células; estos delegados eligen un comité, el cual nombra un buró. Las secciones mismas no se comunican entre sí, sino a través del escalón superior, la federación, constituida por delegación de las secciones, que reúnen cada dos años a los delegados de las federaciones; elige un Comité Central el cual designa al Buró Político, a la Secretaría y a la Comisión de Control Político. Este sistema impide absolutamente todo desarrollo de cismas, de "fracciones" o de oposiciones dentro del partido. Una disidencia nacida en una célula no puede contaminar directamente a las células vecinas. No puede llegar al escalón de la sección sino a través del delegado de la célula. Pero se está entonces en un medio ya más escogido y más seguro. Los mismos obstáculos se encuentran en cada uno de los escalones superiores, cada vez más poderosos, porque los cuadros están mejor formados y más probados. Es sintomático que la libertad de discusión sea grande en el seno de las células (todos los testimonios concuerdan sobre este punto) pero que disminuye a medida que se sube en la jerarquía. Los riesgos de contagio están atenuados, además, por la centralización, que refuerza el carácter vertical de los enlaces. Cada delegado de un organismo inferior no es responsable ante sus mandatarios, sino ante el organismo superior: es su deber, pues, poner a éste al corriente de las disidencias eventuales que nazcan en el seno del grupo que le está confiado, no para defender el punto de vista de éste, sino para provocar la intervención salvadora del centro. Estas diversas "barreras" son tanto más fuertes cuanto que el centro desempeña un gran papel en la designación de los diferentes responsables que están en contacto permanente con éstos, que le advierten todo movimiento sospechoso. Puede intervenir, pues, con gran energía y gran eficacia cuando aparece una fisura en cualquier punto de la máquina. El sistema se parece mucho al mecanismo de seguridad establecido en los navíos con su división en compartimientos estancos, aislados herméticamente unos de otros.

El mecanismo de los enlaces verticales no es sólo un admirable medio de mantener la unidad y la homogeneidad del partido: le permite también pasar muy fácilmente a la acción secreta. Ya que los enlaces verticales y los compartimientos estancos constituyen precisamente la regla fundamental de la clandestinidad: una intervención policíaca está limitada así a un sector muy estrecho de la organización. El mecanismo de ese paso de la acción pública a la acción secreta es muy sencillo. El partido se alligera, en primer lugar de los miembros menos fieles, que lo abandonan a consecuencia de la prohibición o por miedo a la persecución. Desmenuza un poco más sus grupos de base: por ejemplo, en grupos de cinco y luego sólo de tres miembros. Pero conserva el conjunto de su aparato, aplicando simplemente de manera más estricta las reglas permanentes que se refieren a la prohibición de enlaces horizontales.

Lector amigo:

Ud. sabe muy bien que SITUACION no es una revista comercial. Los que la preparamos lo hacemos en función de militancia, y es así que todo lo que se recauda en concepto de suscripciones, venta en kioscos y librerías y contribuciones de amigos se destina exclusivamente a cubrir gastos de impresión, distribución y publicidad.

Si Ud. compra SITUACION en un kiosco, debe saber que, de los \$ 15 que abona por el ejemplar, nosotros sólo percibimos \$ 7,50. La diferencia corresponde a comisión para los revendedores. Como cada ejemplar nos cuesta, al salir de la imprenta, alrededor de \$ 9, no hace falta mayores explicaciones sobre cómo se acumula nuestro déficit económico número a número.

Revistas como SITUACION, que no pueden cubrir sus gastos con la inserción de avisos comerciales —nadie se atreve a darlos a publicaciones de izquierda—, sólo pueden mantenerse si cuentan con un gran número de suscriptores que, en acto de fe, paguen por adelantado. SITUACION, para mantener su calidad necesita urgentemente triplicar el número de sus suscriptores. Por eso nos dirigimos nuevamente a todos nuestros lectores; a los que, como Ud., no

desean que SITUACION pierda jerarquía. Necesitamos que nos ayuden a conseguir suscriptores, muchos suscriptores.

También necesitamos conocer la opinión de quienes nos apoyan, con respecto a la calidad de SITUACION en todos sus aspectos.

Ud. sabe que, principalmente, SITUACION pretende ser un arma al servicio de la izquierda latinoamericana. Si considera necesaria su aparición, responda al cuestionario que acompañamos. Ahora, si es de los que están esperando que SITUACION corra la misma suerte que tantas aventuras del pensamiento, es decir, que desaparezca después de pocos números, no vale la pena que nos haga conocer lo que piensa.

Lector, si Ud. es realmente nuestro amigo, obséquenos con un poco de su tiempo y devuélvanos el cuestionario respondiendo con la mayor amplitud posible a nuestras preguntas. No sea indiferente a nuestro requerimiento. Tenga en cuenta que su apoyo es decisivo para nosotros.

De antemano, muchas gracias.

- 1) Si Ud. es suscriptor, recibe sin inconvenientes SITUACION? ..... ¿Desde qué número? .....
- 2) Si no es suscriptor, ¿en qué lugar la compra habitualmente? .....
- 3) En este caso, ¿por qué no se suscribe? .....
- 4) De los artículos publicados, ¿cuáles le parecen los mejores? .....
- 5) ¿Qué artículos considera Ud. que no debieron publicarse? .....
- 6) En general, ¿qué opina del contenido de la revista? .....
- 7) ¿Qué temas cree Ud. que deben tratarse preferentemente? .....

- 8) ¿Qué opina con referencia a los suplementos? .....
- 9) Estos suplementos encrecen extraordinariamente la publicación. Para disminuir nuestro déficit económico estamos considerando la supresión de los mismos o bien su venta por separado, dedicándoles a temas de interés permanente. ¿Qué opina Ud. al respecto? .....
- 10) ¿Qué le parecen el formato, diagramación y demás detalles físicos de la revista? .....
- 11) ¿Qué sugiere Ud. para que SITUACION tenga más lectores? .....
- 12) Aparte de los medios usuales de publicidad, la mayoría de los cuales nos están vedados por el alto costo, ¿puede sugerirnos algunos otros para aumentar la difusión de SITUACION? .....
- 13) Además de su respuesta a este cuestionario, ¿qué otra colaboración puede prestar nos Ud.? .....
- 14) Necesitamos una frase —muy breve y publicitaria— que defina a SITUACION. ¿Cuál propone? .....
- 15) Sin compromiso para Ud., ¿a quién sugiere que invitemos a suscribirse a SITUACION? .....

..... nombre y apellido	..... nombre y apellido
..... domicilio	..... domicilio
..... localidad	..... localidad
.....	..... firma
.....	..... Nombre y Apellido
..... Domicilio	..... T. E.

Señor Administrador de SITUACION:  
 Acompaño cheque-giro N° .....  
 por la suma de m\$ n. ....  
 por mi suscripción a 8 números, desde el N° .....  
 Nombre y apellido .....  
 Calle ..... Piso ..... Dto. ....  
 Localidad .....

SUSCRIPCION  
 a ocho (8) números

Común ..... m\$ n. 100.—  
 De amigo ..... „ 200.—

Cheques y giros a la orden de  
 SITUACION

Casilla de Correo 3115 - Bs. Aires

## REVISTA

### POLITICA - ECONOMIA - GREMIALES

Pídala en kioscos, librerías o a casilla de correo 3115 - Bs. As.

pablo giussani: *el socialismo: alternativa nacional* —ellos serán: *apuntes sobre el carácter del estado y el acceso al poder* — panorama gremial en siete preguntas — horacio sormani: *esquemas e monómicos.*

Nº 1

pedro díaz: *los derrotados del 27* — elías semán: *la democracia obrera y los sindicatos* — carlos montenegro: *la hora cero del capitalismo o propósito de cole y su "replanteo del socialismo internacional".*

Nº 2

*situación política en siete preguntas* — josé c. mariátegui: *punto de vista antimperialista* — héctor l. diéguez: *anotaciones sobre industrialización* — ubicación ideológica — harvey o'connor: *36 nuevas víctimas de osep mc. carthy.*

Nº 3

*replanteo del socialismo argentino* — ernesto laclau: *un impacto en la lucha de clases: el proceso migratorio argentino* — elías semán: *la cuestión nacional: soberanía o coloniaje* — giles martinet: *una estrategia y no solamente un programa* — horacio sarmani: *una estrategia y no solamente un programa* — horacio sormani: *el contra plan.*

Nº 4

oscar aramburu: *frente obrero nacional, alternativa socialista* — david tieffenberg: *situación en yugoeslavia* — leo huberman y paul m. sweezy: *las comunas chinas* — josé martí: *y mi honda es la de davir...* — josé luis romero: *cuba, una experiencia.*

Nº 5

torcuato s. di tella: *¿Una izquierda política o una izquierda ideológica?* — enrique hidalgo: *hacia una izquierda integrada en las masas* — ricardo monner sans: *impresiones sobre china* — Diego g. altamira: *esquemas políticos* — *armazón de los partidos.*

Nº 6-7

## EN ESTE NUMERO:

enrique hidalgo - hacia una política de izquierda integrada en las masas.

rafael barret - por piedad

torcuato s. di tella - una izquierda política o una izquierda ideológica?

ricardo monner sans - impresiones sobre china

diego g. altamira - esquemas políticos

ben b. seligman - norteamérica, una economía para

la guerra en tiempo de paz

oscar wais - unidad sindical

amazón de los partidos políticos